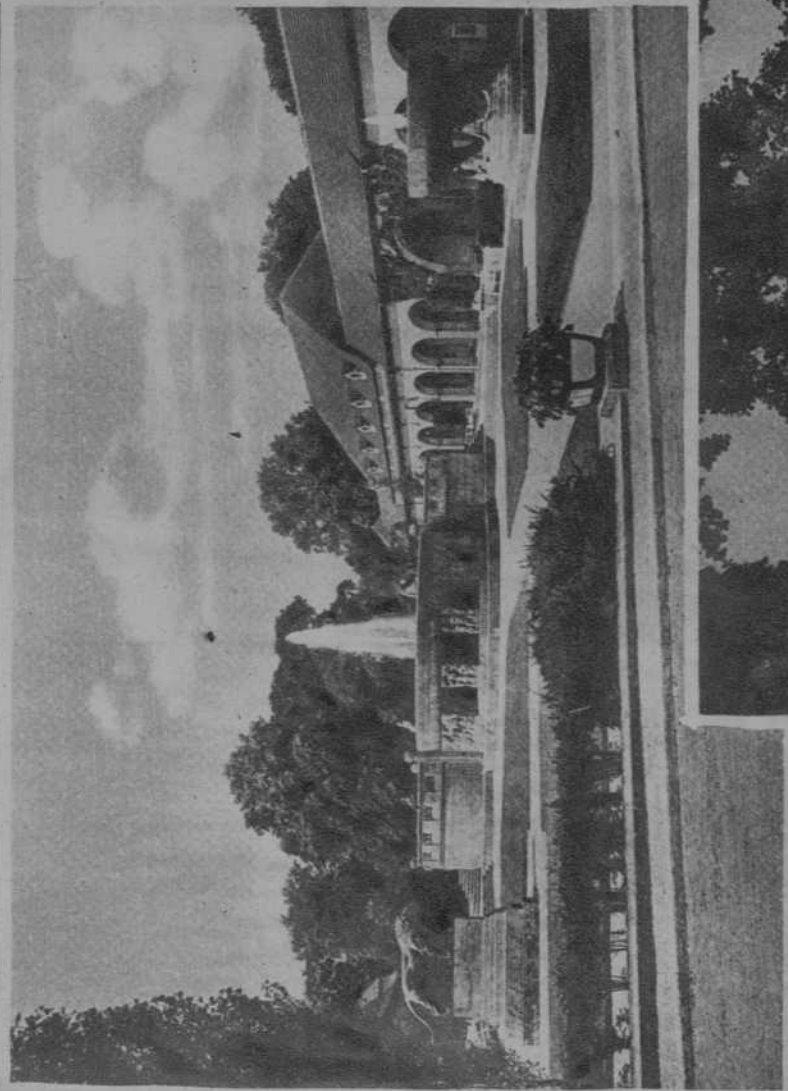
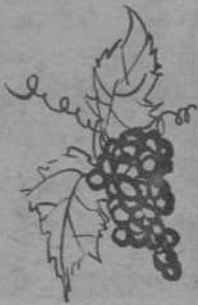


LOS ENCANTOS DE
BAD-NAUHEIM
ENTRE LAS POBLACIONES
ESTIVALES QUE
OFRECE ALEMANIA AL
VISITANTE, BAD-NAU-
HEIM DESTACA POR LA
BELLEZA DE SU CON-
JUNTO Y POR LA MAG-
NIFICENCIA DE SU
NATURALEZA



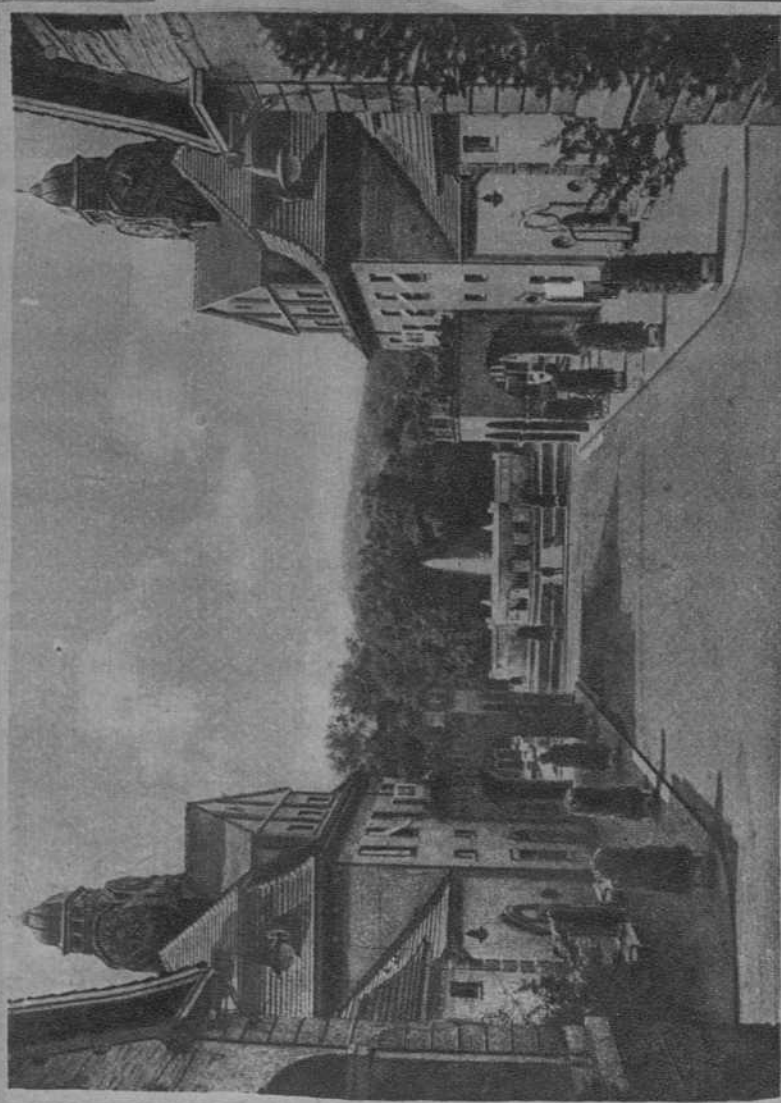
La plaza de las fuentes



El pintoresco lago



Una calle de gran
modernidad
(Fots. A. R.)



PAGINAS

EXTRAORDINARIAS

DE

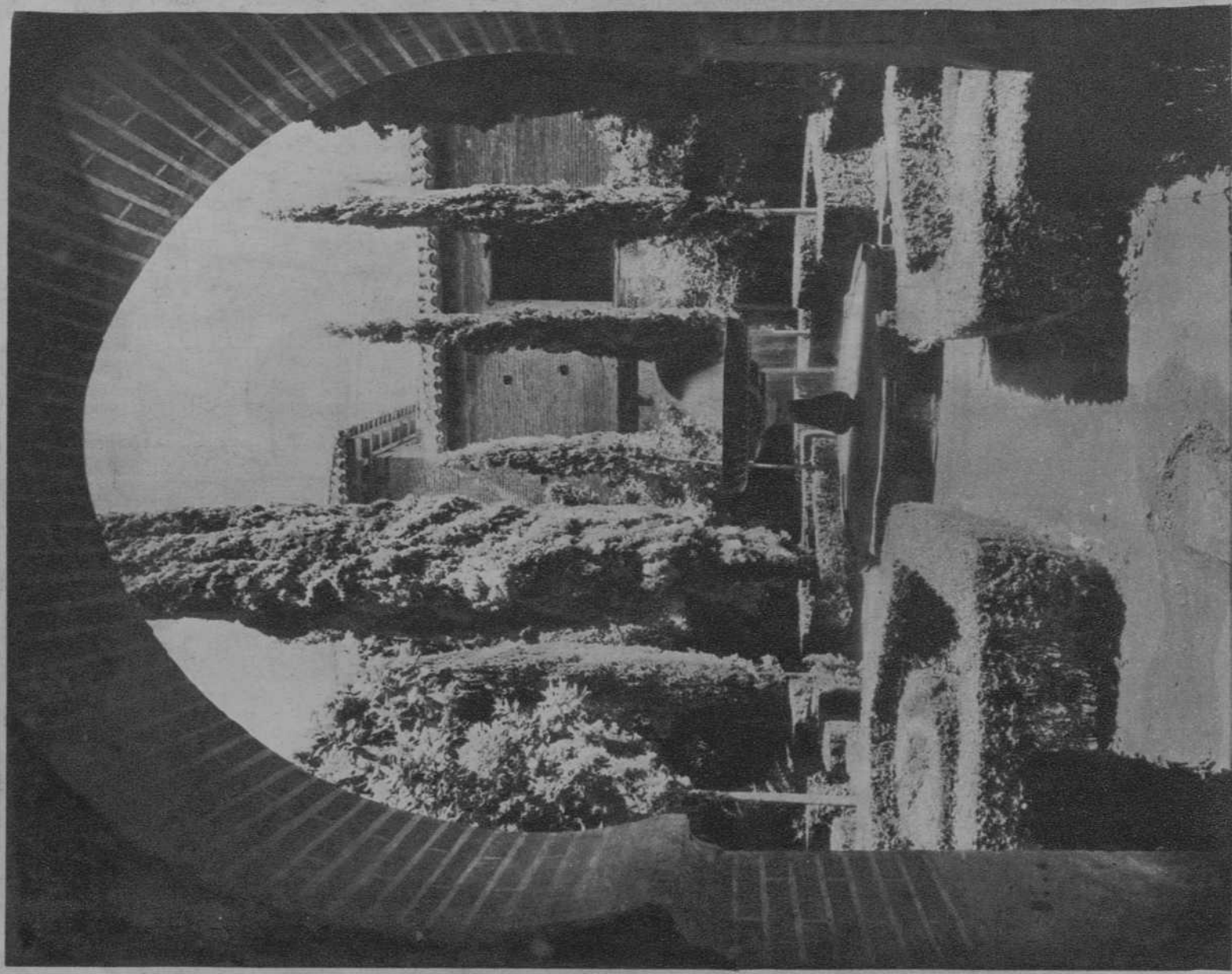
El Dia Gráfico

NUM

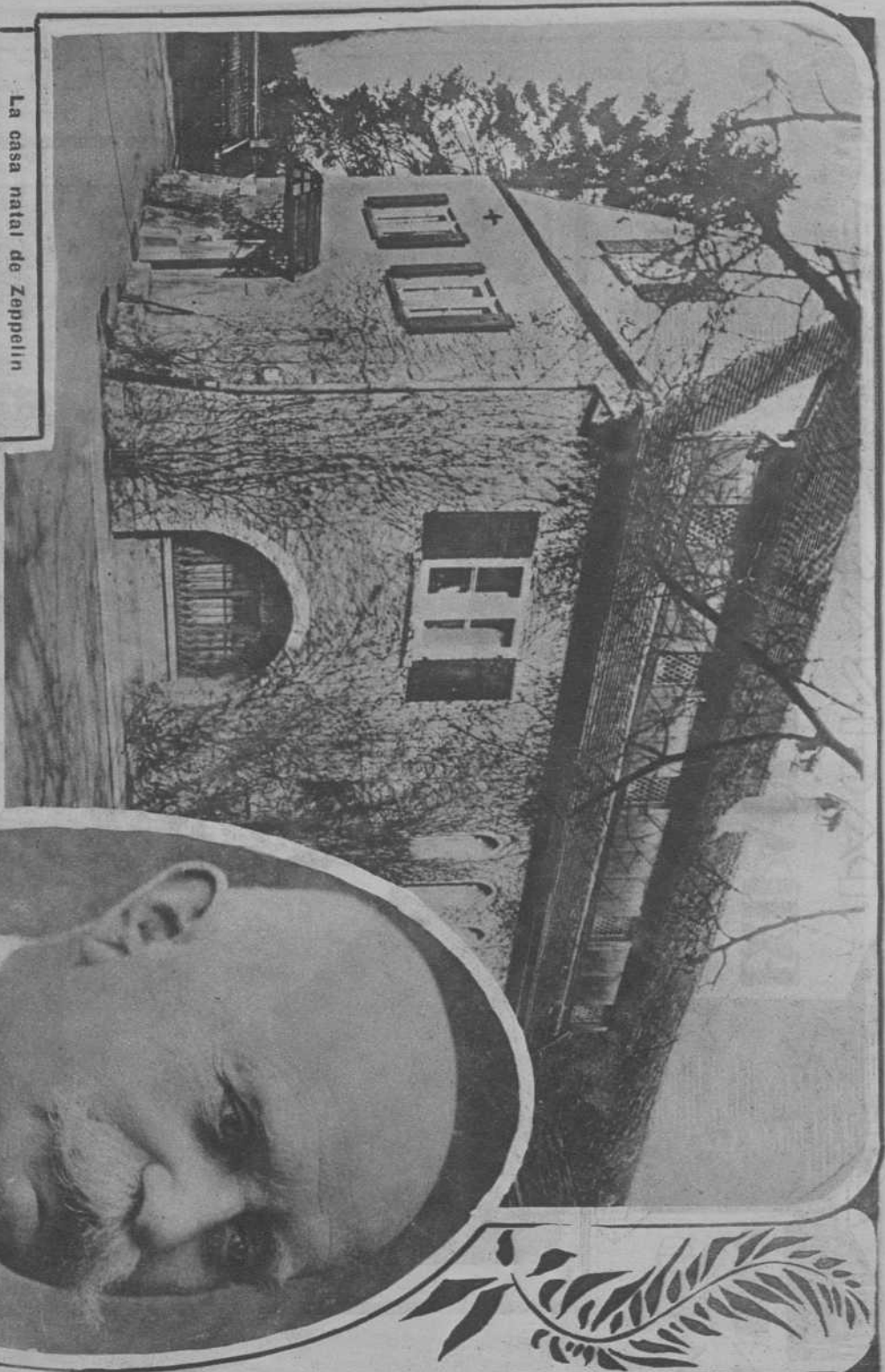
116

JULIO

1928



El patio de Daraja, en la Alhambra de Granada. (Fot. Más)

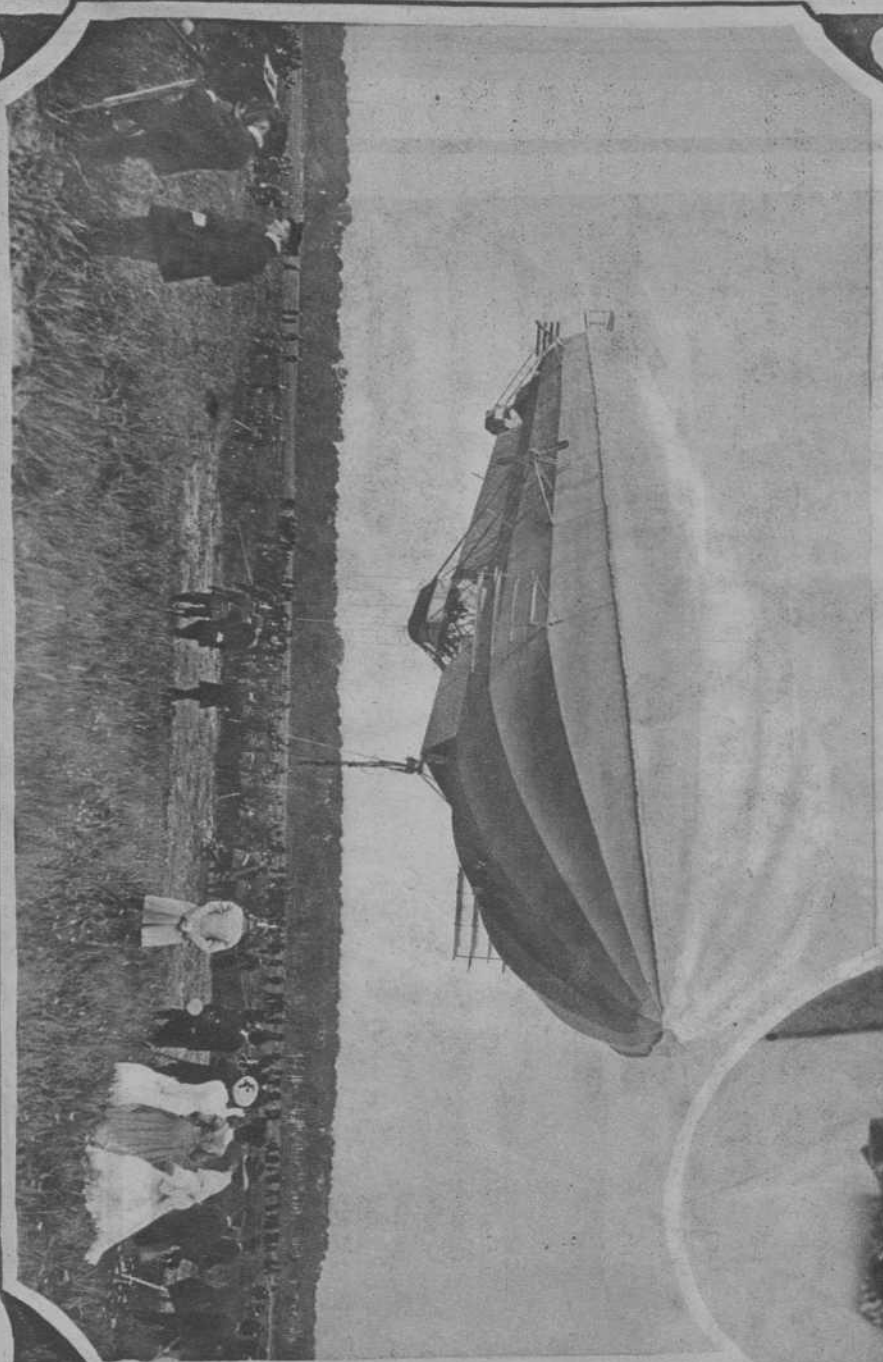


La casa natal de Zeppelin

EL 90 ANIVERSARIO DEL CONDE ZEPPELIN HA SIDO CONMEMORADO EN ALEMANIA



Uno de los últimos retratos del celebre inventor



El «Zeppelin» que fue lanzado al aire en 1909. (Fots. Scherl)



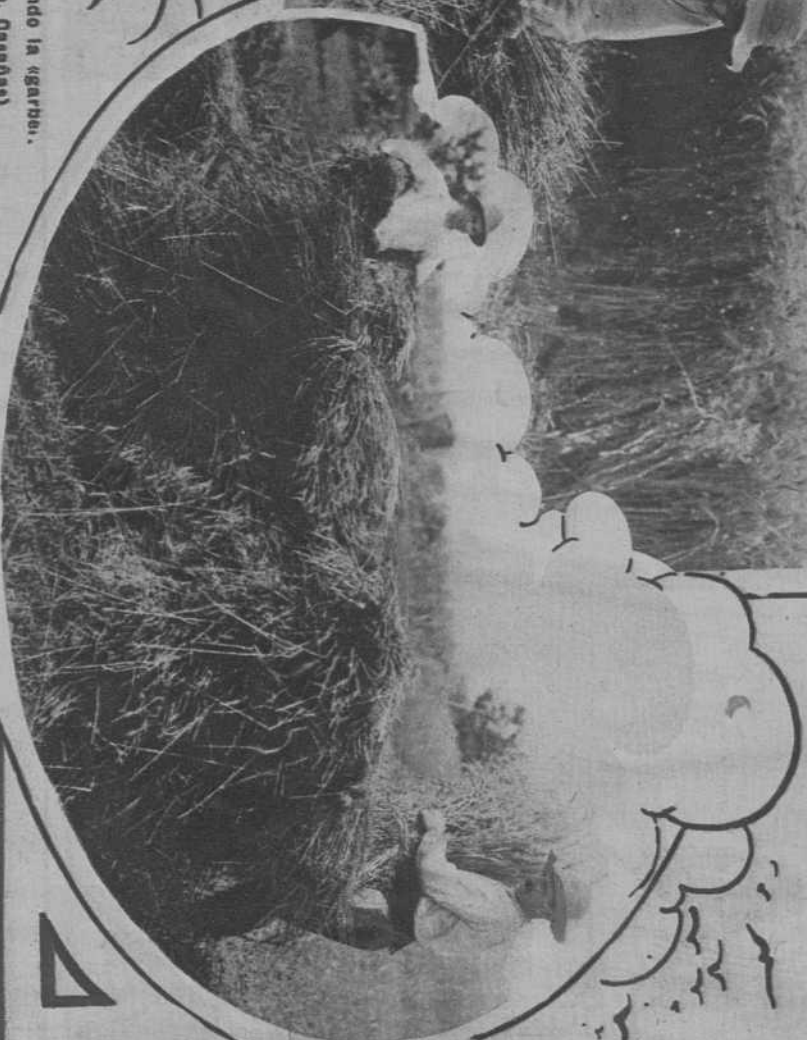
Cortando la dorada espiga



La consabida «neguana»

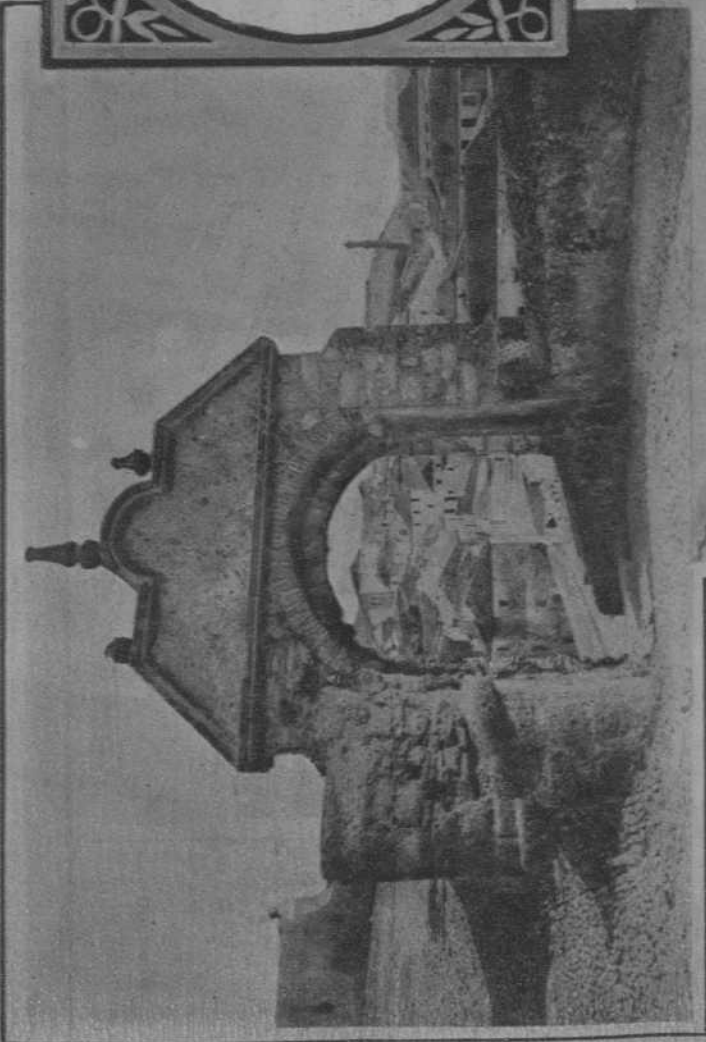


Atando las gavillas



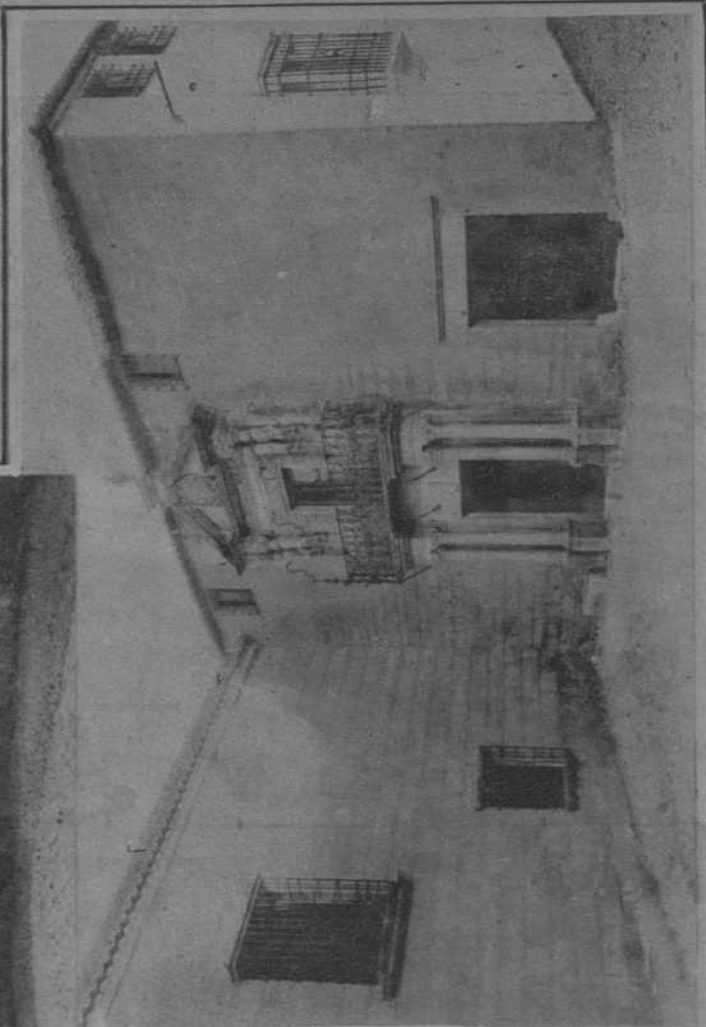
Haciendo la «garba».
(Foto. Oseñhas)

Se siega
del trigo en
Italia

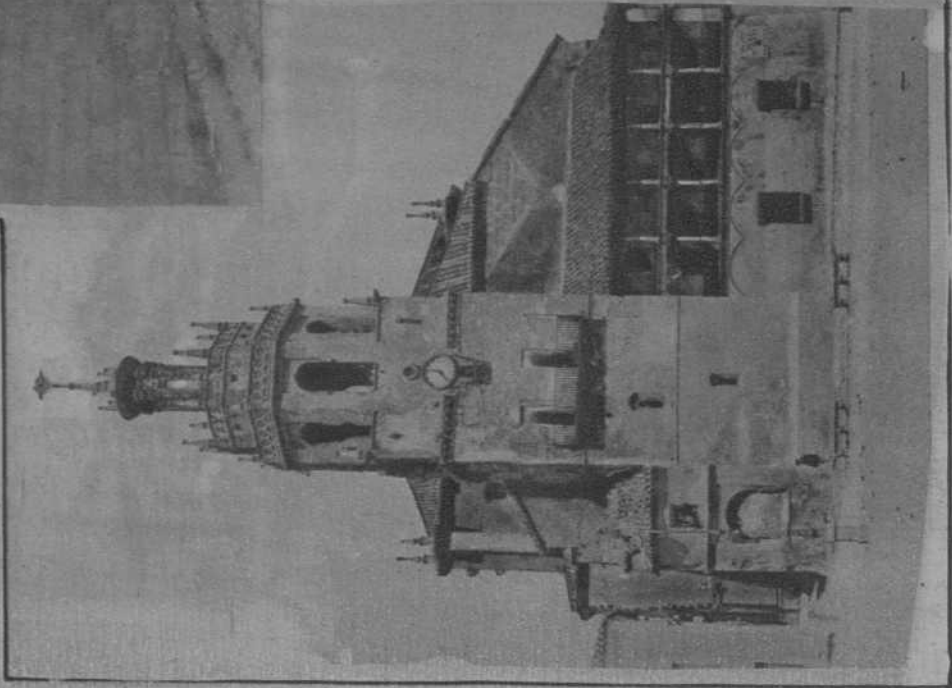


Arco del Sillón del Moro

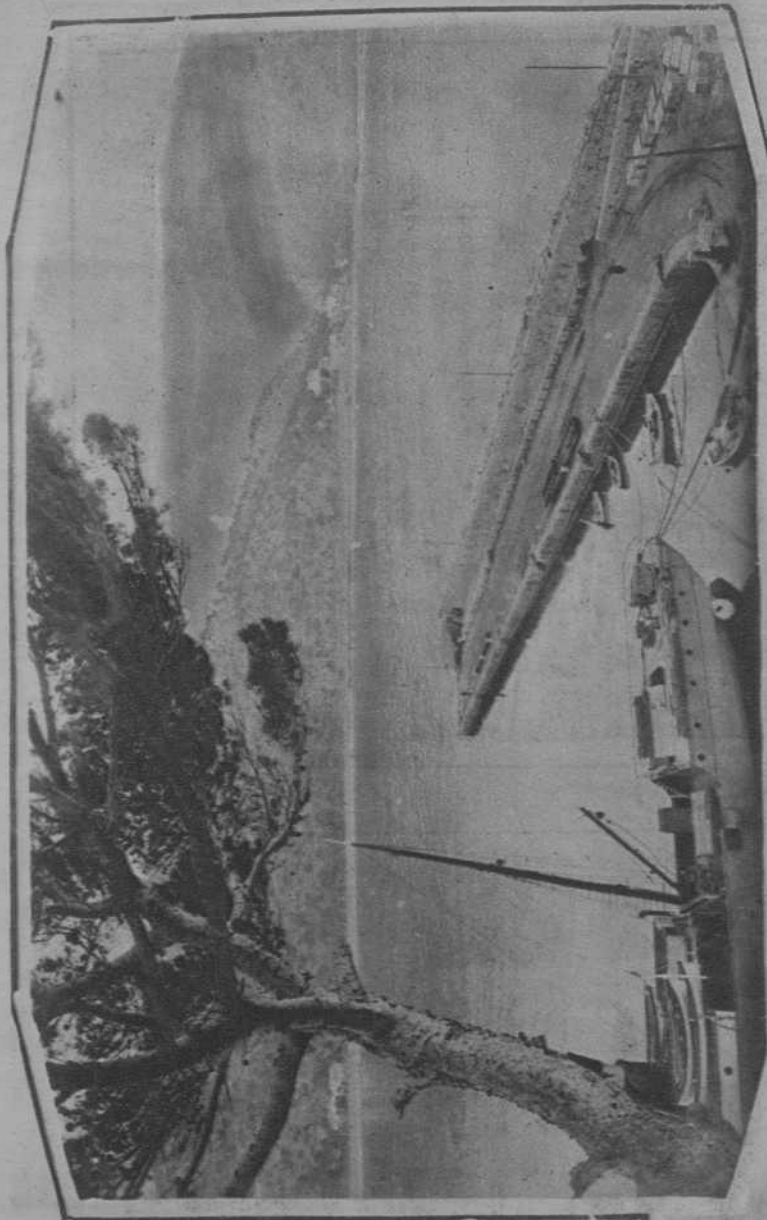
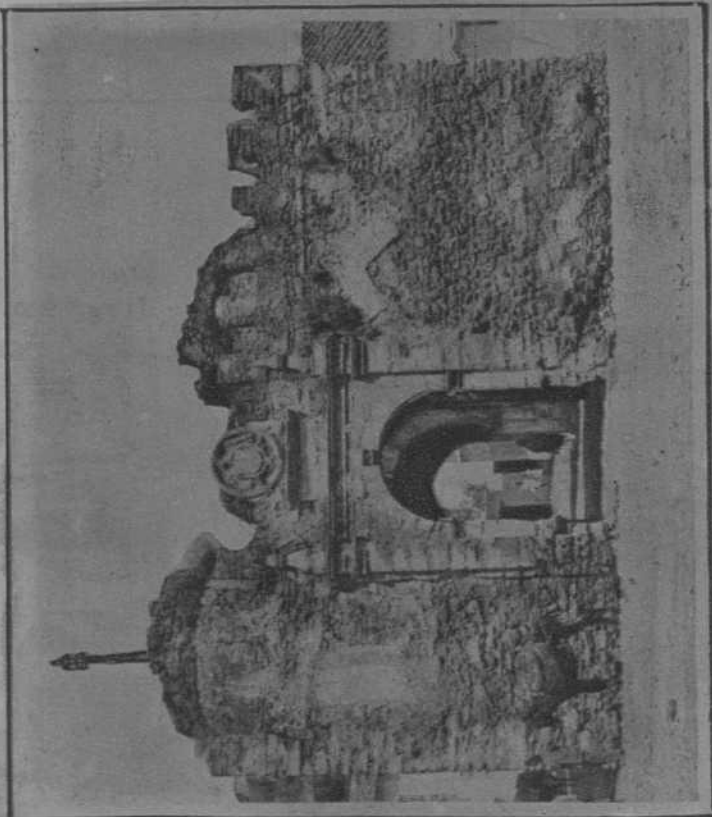
LA ANTIGUA
RONDA, CONOCIDA POR
LA RUDA MAGNIFICENCIA
DE SU NATURALEZA, CUENTA
TAMBIEN CON BELLEZAS AR-
TISTICAS E HISTORICAS
QUE LA HACEN DIGNA
DE SER VISITADA



El palacio del marqués de Salvatierra

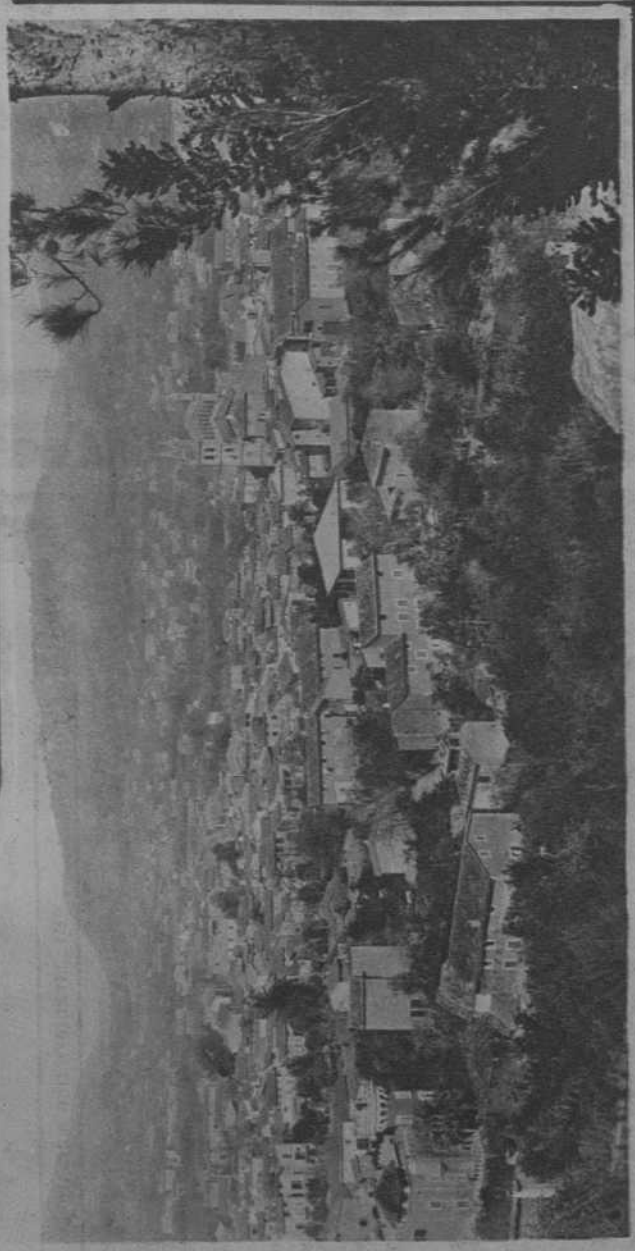


El templo de Santa María la Mayor

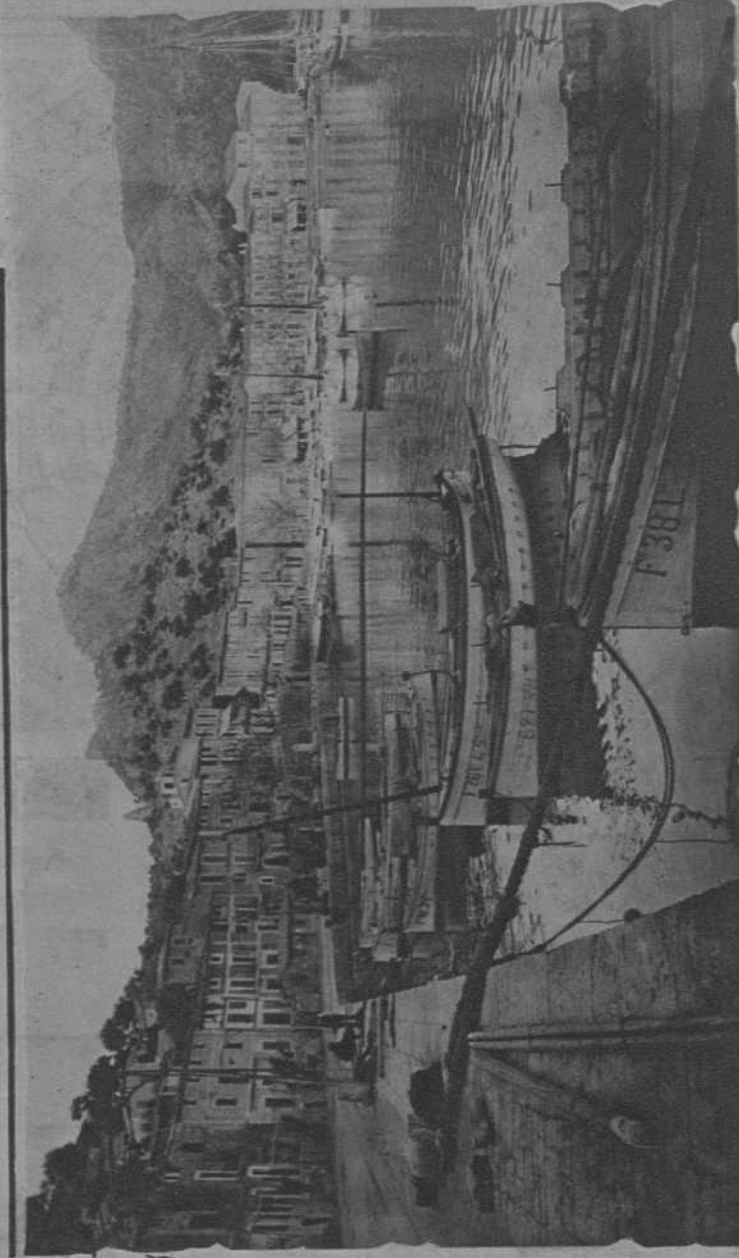


LA BLANCA Y
RIENTE SOLLER,
BAÑADA POR UN
MAR SIEMPRE
AZUL Y PERFUMA-
DA POR LOS OLO-
ROSOS NARANJOS
CONSTITUYE EL
MAS PRECIADO JO-
YEL DE LA ISLA
DORADA

El puerto



Vista general

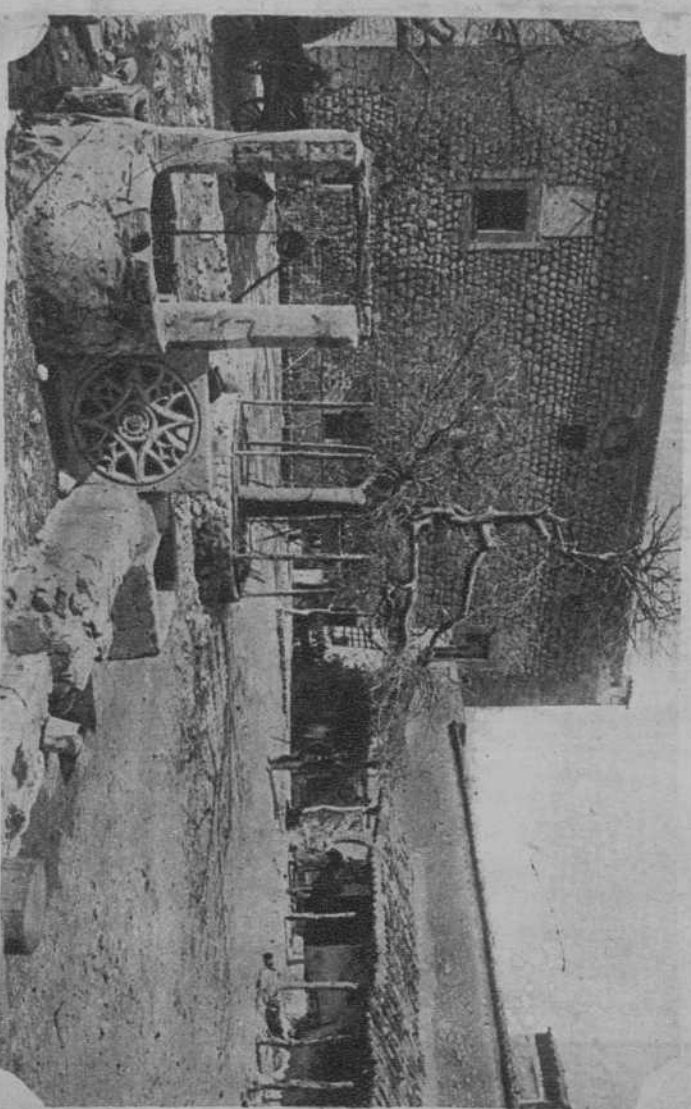


El barrio marítimo

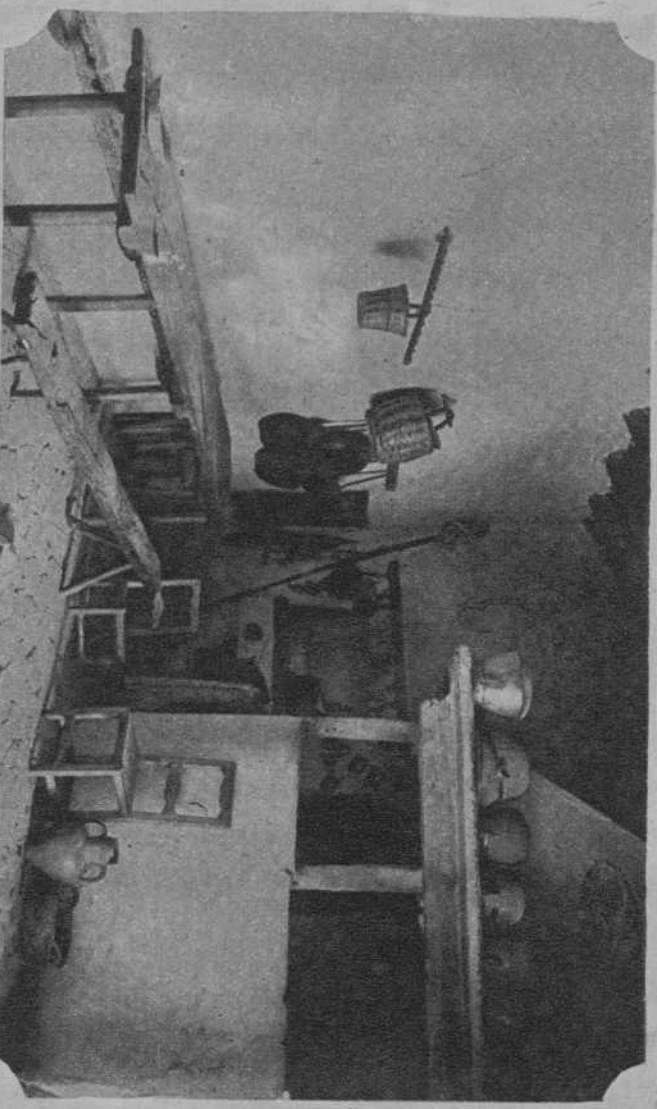
(Fots. N. C. P.)



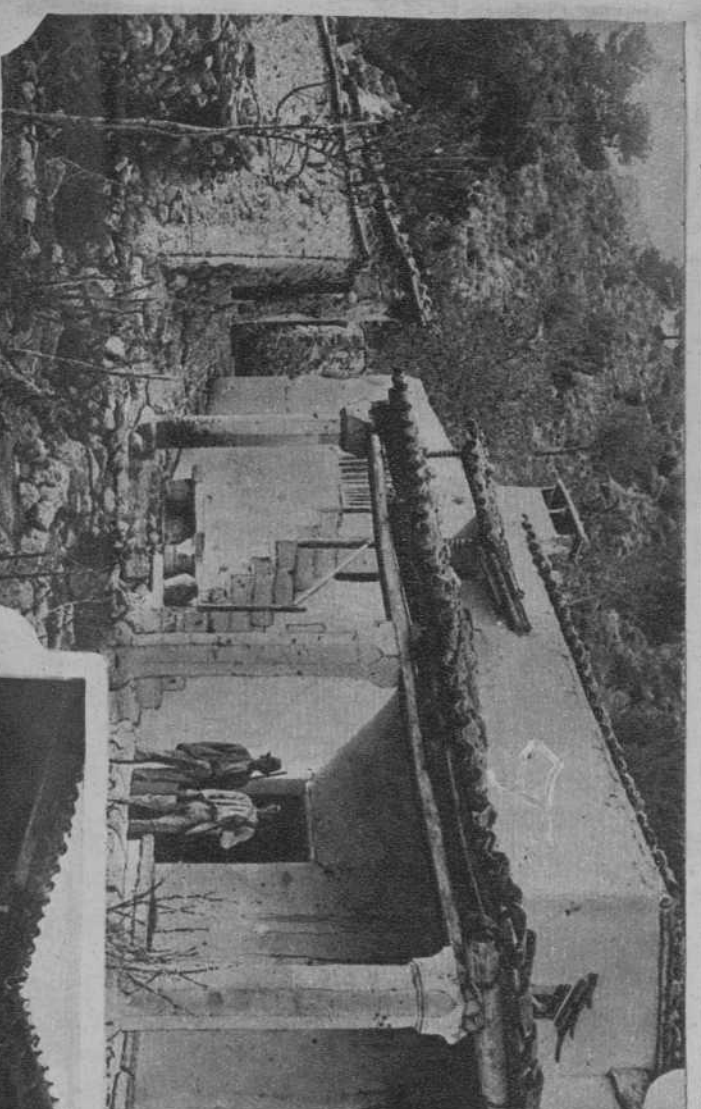
Una fachada con el típico emparrado



El característico «clastre»

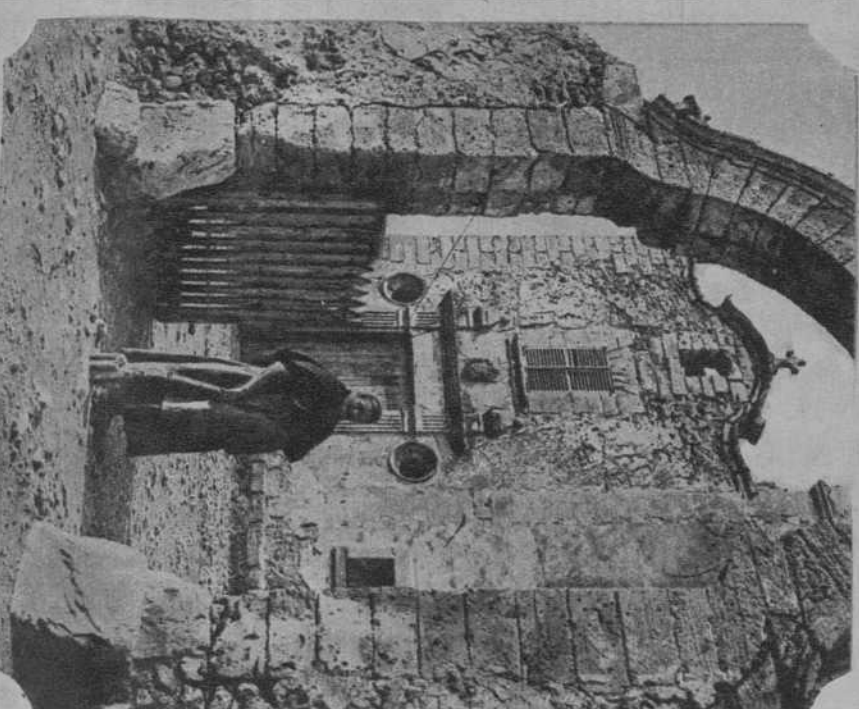


La cocina mallorquina

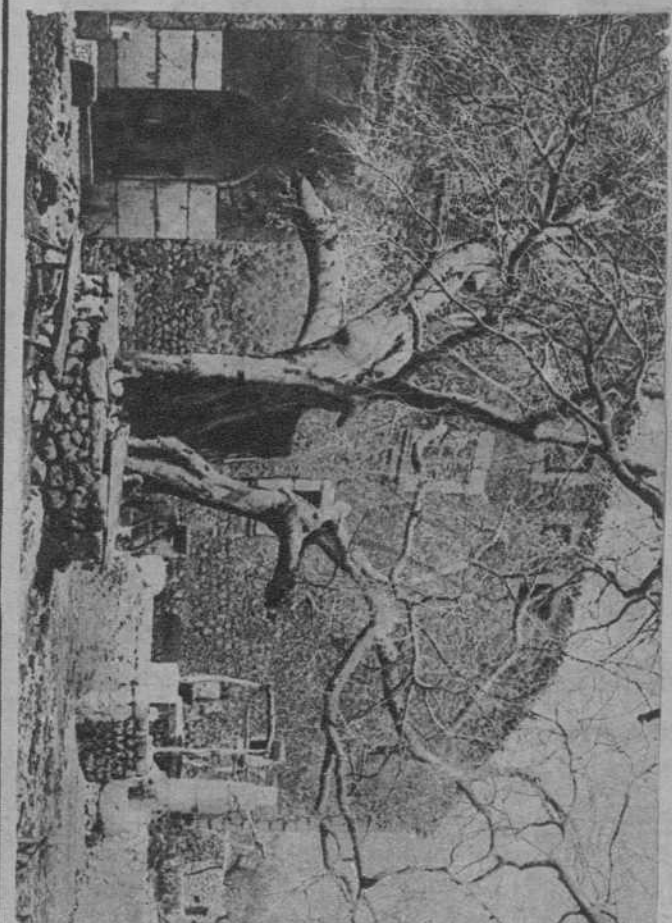


Una fachada porticada

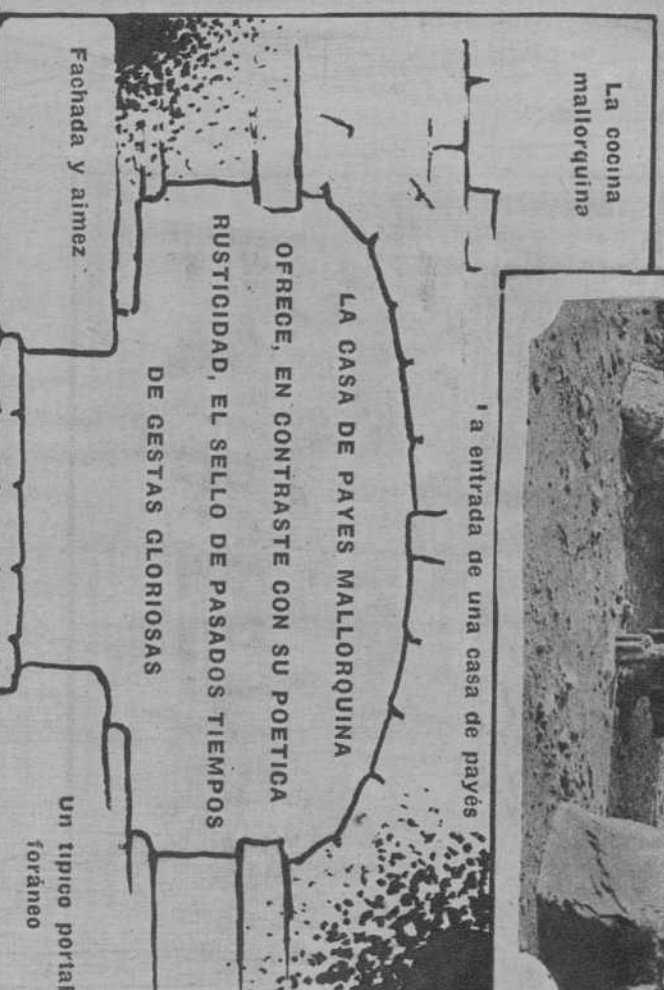
Una fuente en un patio rural



La entrada de una casa de payés



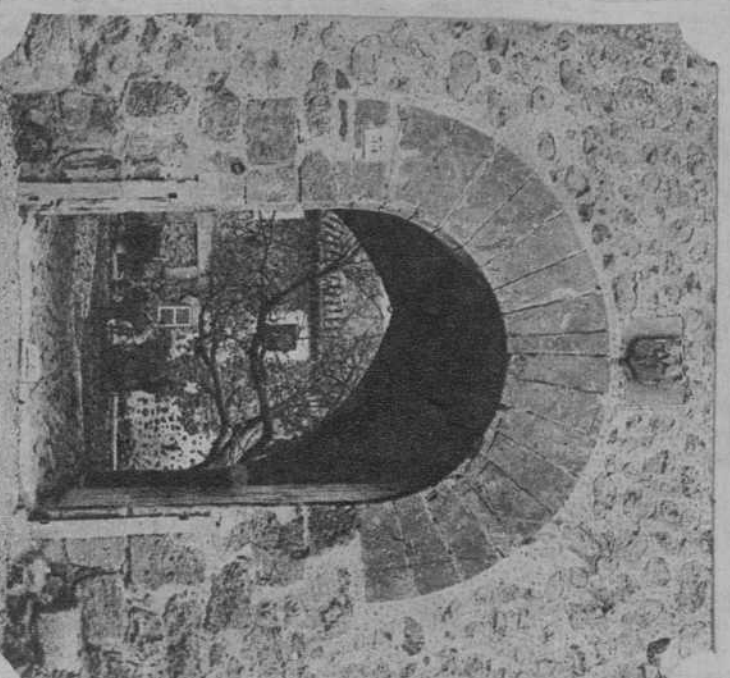
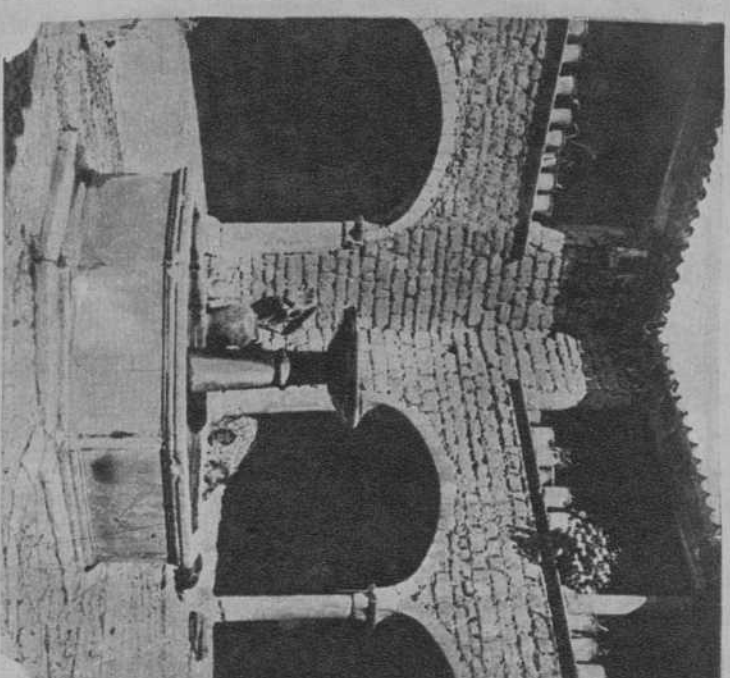
El emparrado de Son Forteza (Puigpunent)



Fachada y ainez

LA CASA DE PAYÉS MALLORQUINA
OFRECE, EN CONTRASTE CON SU POÉTICA
RUSTICIDAD, EL SELLO DE PASADOS TIEMPOS
DE GESTAS GLORIOSAS

Un típico portal foráneo



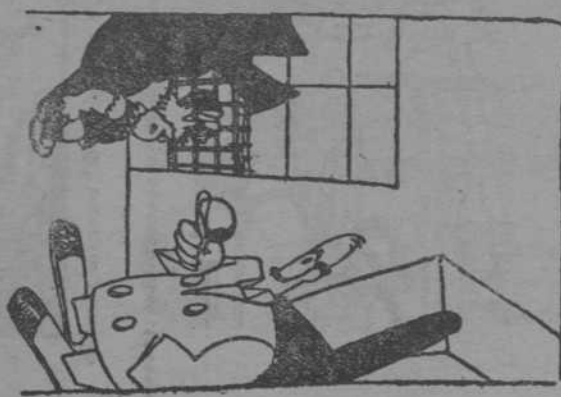
Fnts. «Mallorca, centro de turismo»

El porqué de las cosas

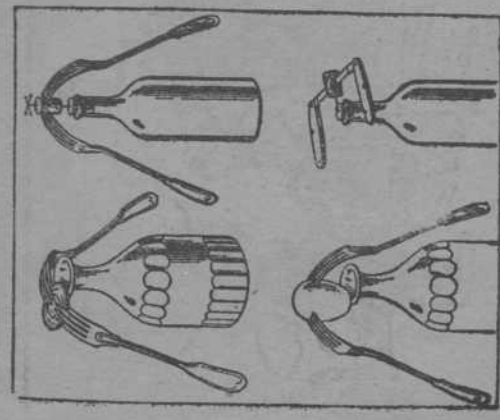
¿PODRÍAMOS VIVIR SIN LLUVIAS?

Muchas veces uno piensa que sería muy agradable, ya que la lluvia es absolutamente indispensable, que lloviera siempre durante la noche, pues de ese modo no inmutaría tanto. Los que así piensan no se dan cuenta del enorme beneficio que la lluvia nos produce, pues nada podría existir sin ella; no habría vida vegetal ni animal. Es necesario ver en la lluvia un elemento natural que lava y purifica la atmósfera, entretiene la vida vegetal, de la que depende la vida humana, y durante el año entero provee de agua dulce a las comarcas donde ella cae abundante.

En las regiones de la tierra donde no caen lluvias, la vida no existe, como sucede en los desiertos. En nuestros afortunados países donde la lluvia cae abundantemente, uno no se imagina la adoración, la palabra no es excesiva, que se tiene por la lluvia en los lugares donde ella no cae suficientemente o donde lo hace sólo en una época del año. No valoramos debidamente nuestra fortuna. Los habitantes de las ciudades que viven de los alimentos preparados para ellos en el campo, gracias a la ayuda de la lluvia, ignoran sus enormes beneficios y que la vida sería imposible sin ella.



—¿Está tu mamá?
—Espero, que se lo diré a la criada. Ella sabe lo que tiene que contestar.



Varios casos de cuniborio, que podéis probar.



—A mí no me pueden dejar sin comer.
—¿Por qué?
—Porque me han recetado una medicina que debo tomar después de cada comida.

Lo que dicen los palotes

Un amigo mío, que por ahora quiere permanecer en el oculto, viene realizando un estudio singularísimo que podría sintetizarse en estas palabras: "¿Qué dicen los palotes?"

Los palotes son, como sabéis, las rayas que el niño dibuja sobre el papel pautado, parte primera de la enseñanza de la escritura.

Ese amigo ha empleado muchos años en el análisis que los muchachos trazan, y ha estudiado los antecedentes del dibujante, y ha analizado su vida, y ha acabado por descubrir que antes que el niño escriba letras, se confiesa con la humanidad en la manera como esgrime su pluma.

¿Qué dicen los palotes?... Unos son rectos, firmes, cargados de tinta; otros, débiles, tímidos, confusos. La energía del pulso demuestra acaso la condición del carácter. Y cada una de las planas es una revelación.

El objeto de este estudio, no es otro que el de adivinar lo que serán los niños cuando lleguen a hombres. Porque el día en que esos escribientes bisoños formulen vocablos gráficamente, ya estarán influidos por el ambiente intencional.

Y el amigo de que hablo ha descubierto que la generación que viene, la que acaba de entrar en las escuelas, va a ser, con escasas excepciones, amiga del orden, enemiga de la rebeldía.

¿Qué procedimiento ha empleado este observador para deducir tales consecuencias?... Es muy sencillo. Cuando el niño sigue la línea impresa de Torio o de Yturzaeta, es que acepta la doctrina, es que no se revela contra ella, es que vuelve al espíritu de obediencia. Y si la tosca pluma se aparta del raso e intenta otro, significa un espíritu disoluto. Y en un escrutinio de millones de páginas ha triunfado, según el curioso analista, el concepto de la concordia.

Yo no puedo pizar si esta idea tiene base científica, si el examen se ha operado debidamente, si no intervino en él un prejuicio. El curioso dice: "Hay planas que son una oración. Hay otras que constituyen un dato de rebeldía."

Entre tanto, yo imagino que los palotes dicen muchas cosas. Dicen la esperanza, dicen el amor, dicen la certeza de un bien que está más allá de los días presentes, porque los niños no son amigos del tumulto y anhelan para su madre la paz de Dios, y el reposo, y la dicha.

Mientras el que ha descubierto este sistema de confidencias gráfico-psicológicas, llega a conclusiones definitivas, espero que la generación que viene, sentirá la nostalgia de preces e impondrá a los tristes padres que les aparten del templo una rectificación en su conducta.

En estos palotes rectos o torcidos, se advierte que la manecita infantil invoca a Dios.

M. T. C.

SALPICADURAS

Un meritorio envía un recado a su director, diciéndole que está muy enfermo y que no puede ir aquella tarde a la oficina.

Media hora después se dirige al campo de fútbol, y cuando se acerca a la taquilla, descubre de pronto los ojos del director clavados en él.

Entonces, para despatistar, pregunta al taquillero: —¿Quiere usted decirme dónde cae el cementerio?

Acuérdete de lo que te he dicho, Juanito—repitió solemnemente la madre—. En la despensa donde acabo de guardar la torta, hay un fantasma grande hasta el techo, un fantasma terrible...

Nada intimidado, Juanito repuso: —¿Hay un fantasma? Y, entonces, ¿por qué cuando falta un pedazo de pastel me echas la culpa a mí y no al fantasma?

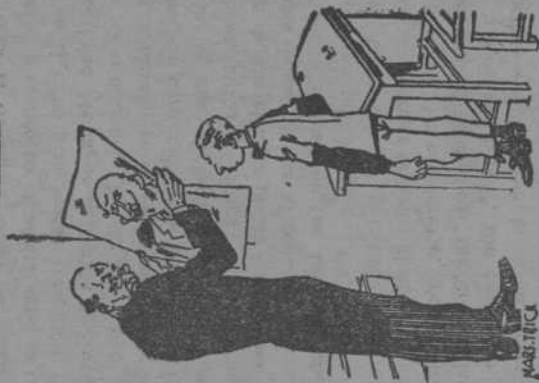
—Madre, me ha dicho el pescadero que no puede hoy fiarme el besugo...

—¿Por qué?

—Digo yo que porque está "escamado".

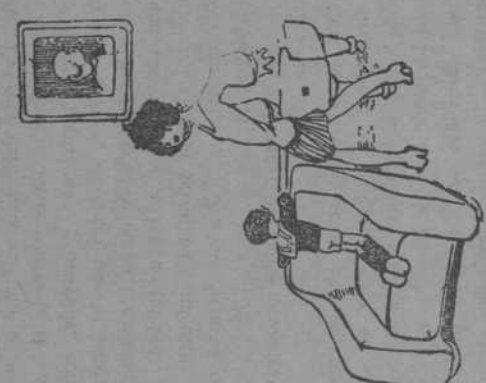
La maestra: —Dime niño: si tu mamá se compra un sombrero de treinta duros, otro de cuarenta y cinco, un vestido de cien duros y otro de doscientos, ¿cuál será el resultado?

El niño (después de reflexionar un poco). —Una pelotera en casa con papá.



—Pero, ¿se parece este retrato al original?

—Sí, señor. Es el original que no se parece al retrato.



—Mamá, ¿por qué es calvo papá?

—Porque ha pensado mucho.

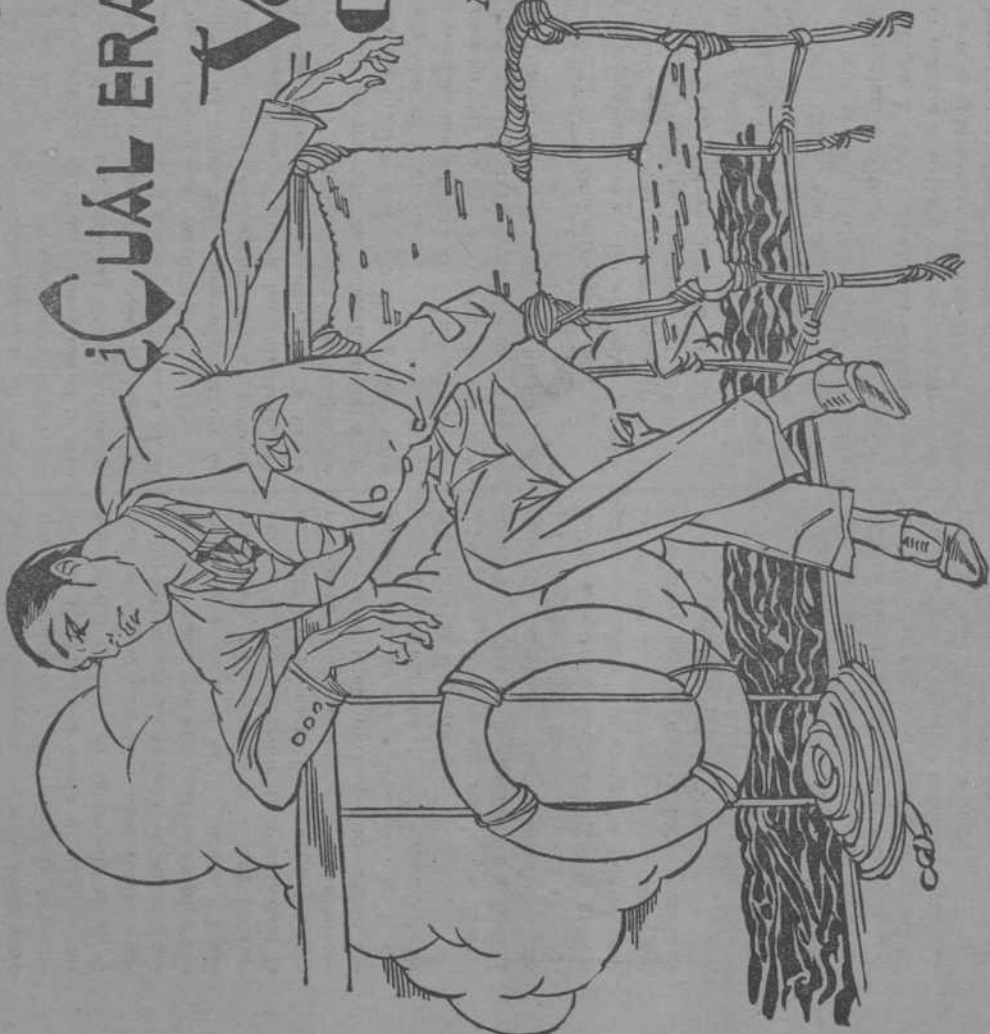
—¿Y cómo es que tú tienes tanto pelo?

EL CUENTO DEL DOMINGO

¿CUÁL ERA LA VERDAD?

por
Valentín de Pedro

Ilustraciones de Bogach



El muchacho se iba probando en diferentes oficios y no servía para ninguno. Indudablemente había en él una resistencia invencible a adaptarse a su nueva existencia. Vivía en una constante irritabilidad.

Para la madre, la actitud de Federico se traducía en una mezcla de pesar y remordimiento. Le dolía ver cómo su hijo había reaccionado ante la desgracia, y su desconformidad y su disgusto, se le clavaban en el alma; pero, al mismo tiempo, se decía que no era de él la culpa, sino de ella y de su difunto marido, que habían ilusionado al muchacho con darle una carrera, marcándole con sus propias manos otro camino que el que ahora tenía que seguir.

Adoraba a aquel hijo en el que tantas ilusiones había puesto, en el que había fundado tantas esperanzas, y no admitía en él imperfecciones ni culpas. Pensaba que si había culpa era de ella y nada más, que de ella, por no poderle costear la carrera, ni convertir en realidad los sueños que el muchacho había forjado.

III

Empezó a hacérselo insostenible a Federico la vida en el pueblo. Comprendió que allí no encontraría nunca el centro de su nueva vida. Supo cuán humillante es la pobreza, y no se resignaba. La presencia de sus antiguos compañeros, más afortunados, era una tortura para él. Tenía toda la susceptibilidad de la adolescencia, y sus compañeros toda la crueldad—esa crueldad irreflexiva de los pocos años—y tuvo un momento de feroz pesimismo. Aquel primer fracaso ante la vida le hacía verlo todo con los colores más negros, y no creer en nada. Amor, amistad, familia, todo le parecía falso. No había más que una verdad, apremiante, terrible: la necesidad de ganarse la vida; ley dura, inexorable, a la que había que someterse sin apelación. Llegó a pensar que la vida no merecía la pena de vivirse y la idea del suicidio cruzó más de una vez por su mente. Era necesario escapar de aquel círculo angustioso en que se había convertido la vida para él; y buscando una

tirse, todo se derrumbaba. No podían hacerse ilusiones sobre el porvenir; habían de agarrarse, desesperadamente, con manos de náufagos, a la realidad inmediata. Habían de buscar, en el trabajo de todos, un equivalente al sueldo del padre.

Las mujeres tienen una capacidad extraordinaria para defender el hogar en estos casos de naufragio. Madre e hija buscaron en seguida ocupación para sus manos, y la costura no se caía de ellas en horas interminables; pero su trabajo, mal retribuido, sólo les permitía arrastrar su existencia a fuerza de sacrificios. Era necesario que Federico trabajase también. Sin embargo, y con ser él, por ser hombre, quien parecía más indicado para el trabajo, era quien tenía más dificultades para encontrarlo. Era preciso cambiar su condición de estudiante; pero, ¿ten qué? Todo oficio requería un aprendizaje más o menos largo, en el cual no ganaría nada. Y esto de no obtener un beneficio inmediato, unido a la violencia que tenía que hacerse para pasar de estudiante a aprendiz de cualquier oficio, creaban en el muchacho un espíritu de descontento, haciendo que no aprovechara para nada.

Parientes, amigos ociosos y consejeros gratuitos, se encargaban de hacerle ver lo falso de su situación. Desde la muerte del padre, eran su madre y su hermana las que sostenían la casa, y en cambio él no aportaba nada, siendo, en su calidad de varón, quien debía atender, con más ahínco que las mujeres, al sostenimiento del hogar.

Federico había marchado a América cuando sólo contaba diez y siete años. Era todavía un muchacho, y su cuerpo no estaba acabado de formar, ni sus rasgos habían adquirido el definitivo desarrollo en que quedaría plasmada su fisonomía de hombre.

Era esa cosa imprecisa que es la figura de todo adolescente. Apuntada nada más sobre el lienzo de la vida, con rasgos vacilantes, con líneas que luego se han de terminar, rectificar... Lo que hace que la figura del adolescente no tenga relieve, se desdibuje en nuestra memoria, como una figura de transición.

II

Hacia dos años que el padre de Federico había muerto. Solo unos escasos ahorros dejó por herencia a los suyos. En su vida de empleado, no ganó nunca más que lo necesario para mantener su casa con algún decoro. Una vida vulgar, metódica, en la que todo estaba previsto. Tenía mujer y dos hijos: Federico y una hermana llamada Clotilde.

El sueño de los padres era casar ventajosamente a la muchacha y dar carrera al hijo. La carrera, sería a modo de un timbre aristocrático, que elevaría a Federico a un plano de vida superior, donde no tuviera que pasar por las amarguras, estrecheces y humillaciones que había conocido su padre.

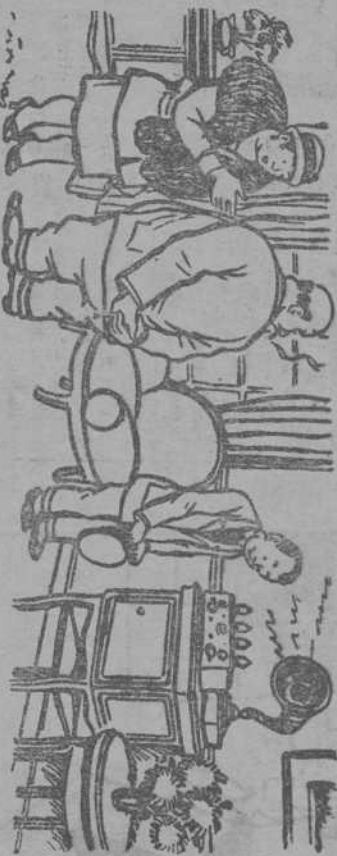
La muerte de éste lo trastornó todo en la casa. El era su único sostén, y, al aba-

PAGINAS INFANTILES

ROMPECABEZAS



He ahí dos pollos que pelean sin fijarse en la terrible proximidad del cocinero. ¿Lo veis vosotros?



—¿Eso que se oye, es Stuttgart?
—No seas ignorante, hijo. Es "La Bohemia".

hecho que la especie esté próxima a extinguirse, quedando ya muy pocos ejemplares.
R. S. M.



—Mi hermano y yo somos tan perezosos, que cuando uno comete una travesura, papá nos pega a los dos, para no equivocarse.

HISTORIA NATURAL

EL RINOCERONTE

—000—

Este raro cuadrúpedo de cuerpo descomunal y pesadas formas, pertenece a la familia de los llamados "perisodáctilos"; tiene tres dedos en cada pata y encima del hocico uno o dos cuernos distintos de los otros rumiantes de una naturaleza exclusivamente térmita, como los pelos y las pezuñas.

La piel del rinoceronte es completamente lisa y muy gruesa, formando en algunas especies extraños pliegues en las articulaciones de modo que el animal parece estar revestido con las diversas piezas de una armadura; uno de los rinocerontes que ofrece esta particularidad, es el "rinoceronte indio", que habita en los bosques pantanosos del Norte de la India, donde ya va siendo bastante raro. Su estatura y es por lo regular de un metro y medio y su peso el de unas tres toneladas, poseyendo solamente un cuerno y no muy grande; esta especie tiene la costumbre, como los jalis, de bañarse, y cuando no encuentra agua se revuelve en el cieno para buscar frescura.

En la Edad Media, se exportaba a Europa cuernos de rinoceronte de la India, que se vendían a elevado precio, bajo el nombre de "Cuernos de unicornio", destinados a la fabricación de copas y las que las gentes superstitiosas, atribuían virtudes mágicas, entre ellas, la de que el agua puesta en ellas no se corrompía jamás, y que al contacto de cualquier líquido envenenado, se resquebrajaban y rompían en mil pedacitos.

En el África oriental y meridional, se encuentran dos especies de estos gigantes animales, a quienes los cazadores y colonos europeos han dado el nombre de "rinoceronte blanco" y "rinoceronte negro", aún cuando no se haya podido explicar bien la razón de estos nombres, pues según refieren algunos naturalistas en sus observaciones sobre la fauna salvaje, una y otro son de un color negruzco uniforme. La sola diferencia en uno y otro, está en que el rinoceronte negro, tiene el labio superior largo, puntiagudo y móvil, como una pequeña lengua, en tanto que el blanco, su labio es corto, ancho y obtuso; caracteres estos que corresponden a las costumbres de estos monstruos de la selva, pues mientras el primero come hojas y brotes que arranca con su labio picado, el segundo pace la hierba del suelo, que lo del tener el labio prolongado constituía un estorbo.

En toda el África Austral, el rinoceronte negro tiene fama de peligroso, por su costumbre de atacar al hombre o a otros animales en cuanto los huele o ve de lejos.

Algunas caravanas se han visto atacadas de improviso por estos formidables cuadrúpedos, sin haberseles provocado. Generalmente acompañan a los rinocerontes una especie de escorbutos, que les limpian la piel de parásitos.

de su hijo al cónsul de España en Buenos Aires. Por el supo que Federico vivía, pero que no estaba en la capital de la Argentina; en los informes venía el nombre del pueblo del interior de la República en el cual se encontraba. La madre volvió a escribir al cónsul de España en aquel pueblo, rogándole que entregara a su hijo una carta que para él le adjuntaba. Pasaron meses sin que obtuviera ninguna respuesta. Volvió a escribir al cónsul. Este le contestó que su carta había llegado a manos de su hijo, pero que éste no se encontraba ya en aquel pueblo, sino—según noticias—se había ido a establecer en la capital de Salta, una lejana provincia del Norte de la República.

Aquellos cambios de residencia hacían suponer a la madre que Federico llevaba una vida azarosa, y encontraba en esto una justificación a su largo silencio. Le escribió a Salta, y tampoco tuvo de él respuesta ninguna. Sin embargo, por el cónsul de España en aquella ciudad, supo que su hijo vivía allí, que se había casado y tenía un pequeño comercio.

VI

Pasaron algunos años. Para los suyos —madre y hermana—, era como si Federico se hubiese muerto, pues su signo de vida, a tan larga distancia, eran sus cartas, y no volvieron a recibir ninguna. Ni una sola palabra, donde hubiesen visto palpitara su vida, correr su sangre.

Los años trajeron una mudanza favorable en casa de la viuda. La muerte de sus padres la puso en posesión de una pequeña herencia que, en el pueblo, para ella y para su hija, suponía la fortuna. Esto las permitió vivir holgadamente, sin trabajar, y Clotilde fué de nuevo la señorita ociosa, que puede aspirar a un buen casamiento, el que no se hizo esperar mucho. Si hubiesen seguido en la pobreza, tendrían que ganar el sustento con sus manos, quizás nadie hubiese reparado en la virtud heroica con que se entregaba al trabajo, para que no faltara de comer en su casa; pero apenas mejoraron de posición, se elevó un coro de alabanzas en loor de aquella muchacha que tan valientemente había hecho frente a la pobreza, al lado de su madre.

Esta hizo una última tentativa con objeto de atraer al hijo ausente, participándole aquel cambio favorable de fortuna, y llamándole, para que volviese al pueblo, a gozar de una vida tranquila, sin preocupaciones de dinero. Le ofrecía su casa, todo cuanto tenía, como una compensación a no haberle podido dar nada en sus días amargos. Pero el hijo tampoco contestó a aquel llamamiento. Era como si lo hubiese perdido para siempre, como si se le hubiese muerto.

Se casó Clotilde, con lo cual la pobre mujer se quedó sola. Por su hija no tenía que preocuparse. Estaba allí, cerca de ella, había hecho una buena boda, y la veía feliz. En cambio, Federico... Todo se le volvía asustar por él. Vivía de su recuerdo y para recordarlo. ¡Si no se hubiese ido!... Cuando, para consolarla, alguien la aconsejaba que no pensase más en su hijo, pues

había, que pudo ser la misteriosa puerta de más allá, dijo con el camino de América. Allí sabría enfrentarse valerosamente con la vida, y triunfar. El viaje y el cambio de ambiente—ver tierras nuevas y gentes distintas—le seducía, sin duda por lo que aquello tenía de novelesco; y la lucha por la vida, en América, se le aparecía también con el sugestivo encanto de la aventura.

La madre se opuso tenazmente al deseo del hijo; pero no tuvo más remedio que dejarlo partir. No tenía bastantes fuerzas para retenerlo. Sobre todo, que el hijo estaba alentado por parientes y amigos. Yéndose dejaría de pesar sobre su madre y su hermana. Y no sólo eso, sino que desde América podía incluso ayudarlas. No faltaban ejemplos que poner, de muchachos que habían sido unas bajas perdiditas, que en el pueblo no hubiesen tenido ninguna porvenir, y que en América habían hecho fortuna y periódicamente enviaban dinero a los suyos. Había de todo en las voces que le incitaban al viaje: interés y buena fe. Y entre todos le ayudaron a conseguir el dinero del pasaje. Fué inútil que la madre, poniendo por encima de toda conveniencia su sentimiento primordial, rogase y suplicase. Pero lo más grave para ella, era que el corazón del hijo se hallaba cerrado, como puerta hermética que no se habría a sus llamamientos de piedad. Freceaba en su deseo de que el hijo se quedase a su lado, adherido a su realidad cotidiana por misera que fuese, respirando su ambiente. ¿Cómo a ella le parecía que no podía vivir sin su hijo, y el hijo no sólo no participaba de este sentimiento, sino que aún mentaba en su alma un sentimiento en todo contrario al suyo? El aspiraba a respirar otro ambiente, a huir de su realidad cotidiana, irse lejos y solo. Y aquí estaba la tragedia que se resolvía en llanto silencioso y en amarga resignación.

El primer gesto de voluntad que se manifiesta en el rostro del hijo hacía que adquiriese a los ojos de la madre un cierto aire de desconocido, como si empezase a ser otro; no ya el niño dócil, modelado por sus dedos, que había sido hasta entonces. La fisonomía del muchacho en la hora de partir, tenía ya algo del hombre extraño—extraño para su madre—en que se transformaría en lejanas tierras, modelado por la vida.

IV

Un viaje en la adolescencia, es siempre un motivo de alegría. Sobre todo un largo viaje por mar como el que realizaba Federico, camino de América, camino de su nueva vida. En el barco, todas las necesidades materiales estaban cubiertas; y aún para el humilde pasajero de tercera, el viaje es una especie de Jauja donde a las horas reglamentarias se sirve la comida. La idea del trabajo, al que el hombre está obligado para ganarse el sustento, no se hace allí ostensible, y el ocio es el mejor aliado de la imaginación, para que el hombre salga de sí mismo y se desplace de su vida cotidiana hacia una existencia hecha de las nieblas de sus sueños.

Lo malo es la llegada. Cuando Federico se encontró en Buenos Aires, la gran ciudad, donde todo le era desconocido, sin que la diosa Fortuna hubiese ido al puerto a esperarle, fué como el despertar de un sueño. ¿Qué importancia que hubiesen su mismo idioma, si nadie se dirigía a él, si nadie tenía nada que decirle?

Era él quien tenía que hacerse oír de alguien, quien debía reclamar un poco de atención para su figura insignificante, colocada al margen del movimiento de la ciudad. El también debía participar de aquel movimiento, es decir, de aquella vida formidable que giraba y giraba ante sus ojos deslumbrados.

¿Quién iba a fijarse en él?... ¡Ah! Era necesario que se fijasen, porque él necesitaba vivir. Advirtió lo difícil que era el que se fijasen en él. ¿Quién era al fin y al cabo?

—¡Eh! ¡Eh! ¡que estoy yo aquí!... Empezó la busca. Un empleo, un puesto cualquiera que le permitiese vivir... Y en esta busca, se perdía en el dedalo de calles y en el torbellino de gentes de la gran ciudad.

Su ayer quedaba muy lejos, infinitamente lejos, como si hubiesen pasado años desde el día en que se embarcó. No volvía sus ojos al ayer, porque el hoy y el mañana reclamaban toda su atención y toda su energía. El infortunio le iba enseñando que el hombre que tiene que luchar por la vida está solo sobre la tierra. Había en esta idea todo el resentimiento que él sentía contra la vida, que de tal modo le había defraudado. Y en esa especie de rencor que endurecía su alma en los tiempos duros que empezaba a vivir, iba envuelto todo su pasado.

V

Desde todos los puertos donde había escala el barco que se llevó a Federico, su madre recibió carta de él. La escribía largamente, y en sus palabras había una ilusión y una ternura que acentuaban el corazón dolorido de la madre, en el cual la marcha del hijo había sido como un desagarramiento. A poco de llegar a Buenos Aires también la escribía con alguna frecuencia, pero su tono era ya diferente; asomaba en sus palabras el pesimismo y la amargura. Entonces fué cuando la madre hubiese querido gritar: «¡Vuelve! ¡Vuelve enseguida!; pero no tenía más remedio que ahogar aquel grito, porque carecía del dinero necesario para pagarle el pasaje de vuelta; porque lo que ganaban ella y su hija, con inauditos trabajos, apenas alcanzaba para vivir las dos estrechamente. Sus respuestas no podían ser otras que palabras de aliento. Pronto empezaron a escasear las cartas del hijo, y éstas eran breves y participaban de la dureza de su corazón. Pero esto aún era un consuelo para la madre. Lo terrible para ella fué cuando el hijo dejó de escribir por completo cuando pasó un mes y otro, y un año y otro más, sin recibir de él ninguna noticia.

Alarmada, la madre, creyendo que aquel absoluto silencio no podía ser fruto del desamor, sino de la muerte, pidió noticias

LAS MODAS QUE EN EL ARTE BARCELONÉS, LLEGABAN Y MORIAN

No creáis que las modas sólo son privilegio de las mujeres. Los hombres también tienen las suyas, que no por ser más formales, son más duraderas. La mayoría del elemento masculino, sobre todo el intelectual, no se preocupa mucho de los cuellos, puños y corbatas, aunque esto no pueda asegurarse de una manera absoluta. Si no en el vestir, los artistas, en el pensar, son las gentes de las modas, y en lo que tengo de vida, solamente en lo que se refiere a los pintores, ya casi no puedo dar cuenta de los innumerables cambios que he visto en las modas pictóricas.

La primera moda que recuerdo, fué la moda de la nota, del modelo. Mi maestro, el notable acuarelista señor Baixas, era su pontífice. Para la más pequeña cosa, nos exigía modelo. Los apuntes de movimiento que hacíamos, según indicación suya, por las calles, quedaban neutralizados, por los escrúpulos que teníamos de inventarnos nada, de hacer algo de memoria. No sabíamos más que hacer notas y copiar modelo.

La nota, era entonces la ley del día, pero estaba escrita, que de ésta saldría no sólo la adoración al cielo gris, a las marinas nórdicas (influencia Mesdag y Bartels, Exposición Bellas Artes 1896), la guerra al sol, y el culto a las colas, con la visión del magistral cuadro del holandés Evert Pieters (Exposición 1898), sino que en medio de tan nebuloso ambiente, salió radiante el involuntario «Hort del Rector» y la glorificación espléndida de los suburbios barceloneses, ya corroborada por las luminosas carreteras de Rusiñol, factores decisivos, para llegar al malloquismo, al culto de la luz brillante, que exteriorización más apoteósica, fué la

fuerza de los singulares episodios que a lo compacto de la estructura sinfónica. Sus sonatas de piano son incomparablemente menos vitales que las «Impromptus» y de sus «Momentos musicales», surgen anillo de conjunción entre la amplia forma deductiva de Beethoven y el discordante impresionismo de Schumann. En los mismos «lieder» hay que hacer una selección; pero la moda más severa deja subsistente un lujurioso jardín de maravillas...

La bella lápida de Grillparzer sobre su tumba, en el cementerio central de Viena, no muy distante de los sepulcros de Gluck, de Mozart y de Beethoven, da suntuosidad a lo efímero de su vida y a la grandeza de su arte:

«A música sepultó aquí un rico tesoro, y esperanzas más bellas aún. — Aquí reposa Franz Schubert, nacido el 31 de enero de 1797, muerto el 19 de noviembre de 1828, a los treinta y un años»

fuerte personalidad de Joaquín Mir, y la característica del romántico Rusiñol, mas a decir verdad, no fué extraño a esta nueva manifestación artística de la influencia del pintor belga Degouve de Nuncques, que con su mujer, nos reveló las bellezas mallorquinas. Esta última, introdujo también una nueva moda, una especie de estilización del paisaje, que nosotros llamamos «pintura al cañamazo».

La visión de los suburbios barceloneses, y el cultivo de la nota, se exteriorizó también, en otra fuerte personalidad, la de Nonell, el exaltador de Pekin, de Montjuich, de las gitanas, de los pobres, y de la escuela neopelliana sale el culto al carbón, «Els Negres», los que fueron exaltadores de la gran obra del escultor Mani con sus «Els Degenerats», así como también de la manía de los bodegones, con la visión de aquellos épicos arenales, que todo el mundo aún admira.

La interpretación del malloquismo por Mir, trajo la obsesión del «cadmim» y la de Rusiñol la de los moridos y los cipreses. De estas modas, ninguna tan funesta, como una exótica, introducida por el popular dibujante Mucha, y que invadió todo lo que tenía cierto aire decorativo, incluso la arquitectura.

La línea recta desapareció para adquirir un aire ondulatorio, y cuando se quería dar a una composición, a un cuadro, cierto aire decorativo, con poner nubes encintadas y entrecruzadas como rejilla, había bastante. Una arquitectura, cuando no sabía cómo acabar un edificio, rematándolo con una línea ondulada, quedaba bien.

¡Cada! y cuantas tonterías se perpetraron, con aquel estilo virtuosco, que el vulgo tuvo la ocurrencia de llamar «modernistas» y que no tenía nada que ver con la pintura impresionista, que también bautizó con el mismo nombre.

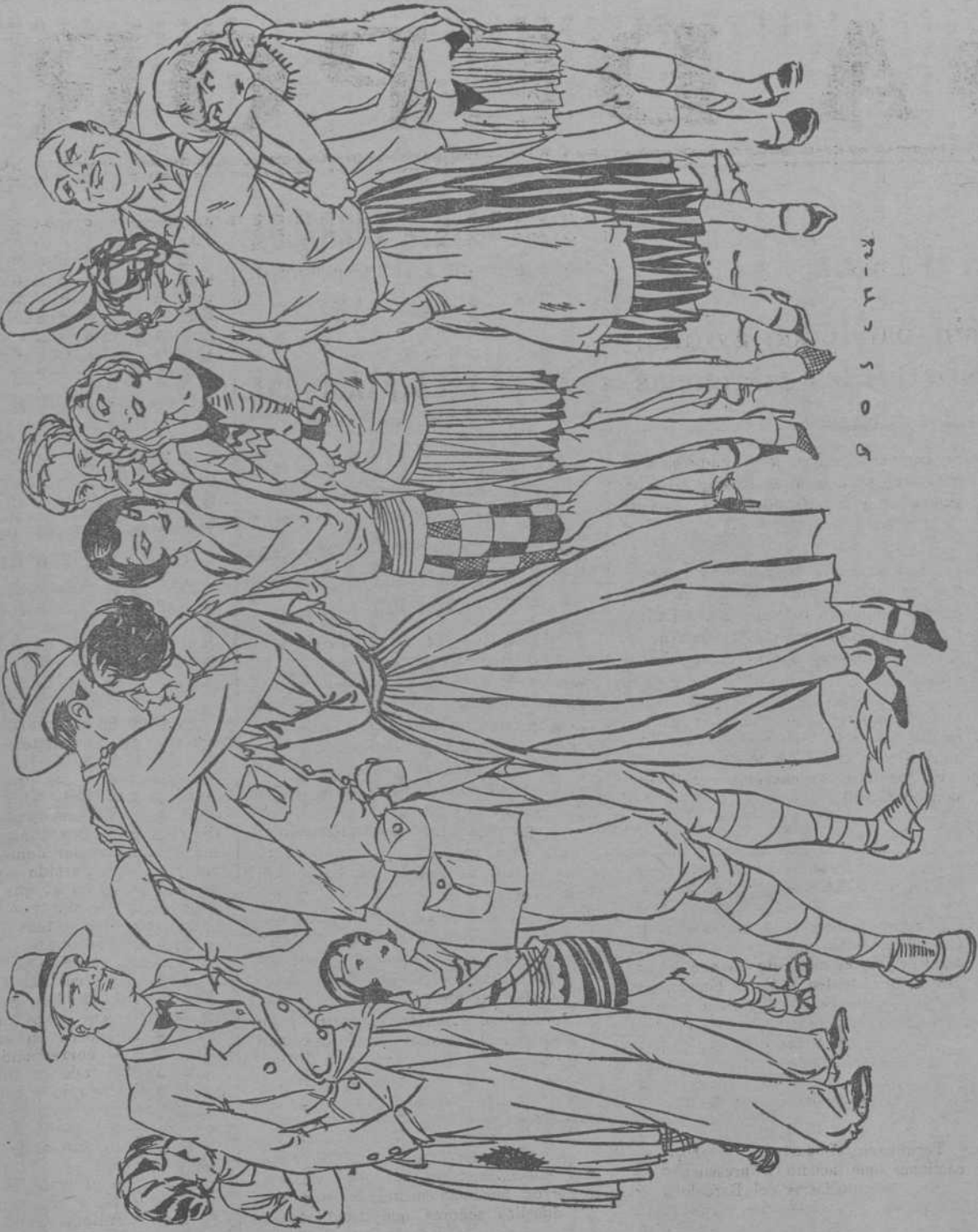
No hablo de las otras modas parciales, originadas por la impresión sugestiva de alguna personalidad sobresaliente. Las ya citadas fueron las que tomaron carácter más general y duradero. Deramte la época gris, la de los cielos nórdicos, no se podía pintar ninguna nota con cielo azul. Os decían que hacías pintura para burgueses. La llegada del trío Rusiñol, Casas y Clarasó, trajo la influencia francesa de luz y modernidad, alreó nuestra atmósfera artística y la aparición del «Hort del Rector», de Mir, inclinó nuestra juventud a lo nuestro. Como todo tiene su cara y su cruz, se introdujeron manías nuevas, mas éstas tenían que ser y desaparecer de la misma manera que habían venido las otras. Rusiñol, con su doble carácter de escritor y pintor, fué el que introdujo un reflejo de la vida bohemia parisina. Patriarca «Dels Quatre Gats», ineludible de los ondulantes chameberges de anchas alas, de

ya que él no quería saber nada de ella, debía pagarle en la misma moneda, rechazaba aquella idea como un absurdo monstruoso. Nunca la faltaban razones para justificar el silencio del hijo. ¿Cómo no iba a pensar en él si de aquel pensamiento se alimentaba su vida? Era al igual que esos enfermos que aman su enfermedad y la cultivan, como si en su dolencia encontrasen un placer. Y, lo mismo que esos enfermos desahuciados por los médicos que esperan su salvación de un milagro, ella también esperaba el milagro de la vuelta del hijo, para curarse de su ausencia y de su olvido.

La única alegría que ya podía reservar-

no fuera relacionada con su hijo; por eso, ante aquellas palabras su corazón se conmovió con un presentimiento. No se engañó. No podía engañarse. Las noticias que aquel soldado la traía de Marruecos eran de su hijo. Le había conocido por casualidad, se habían hecho amigos, le había contado...

La desconsolada madre se agarraba a aquel hombre con manos temblorosas y ávidas, como si causadas de agitarse inútilmente en el vacío poblado de sus sueños, se asieran—al fin—una realidad. Interrogándole con ansiedad, le miraba fijamente en los ojos, como si quisiera extraer de su fondo la imagen del hijo...



le la vida, era la de aquel instante en que señaba continuamente: tener a su hijo de nuevo entre sus brazos... Sólo esperaba ese instante para morir en paz. ¡Si Dios quisiera hacer aquel milagro!

VII

—Una gran noticia; prepárese usted para una gran noticia... Estas palabras eran dichas a la madre de Federico por un muchacho del pueblo que acababa de llegar de África, de servir al Rey — según la expresión popular — en la guerra con el moro. No había noticia, pequeña o grande, que pudiese interesar a aquella madre como

JOAQUIN BAS GICH

Supo que Federico estaba en la Legión. Después de una vida azarosa, de contratiempos y desdichas, perseguido siempre por la mala suerte, se había alistado—con un nombre falso—en aquel cuerpo, refugio de muchos que huyendo de sí mismos se iban a enfrentar con la muerte en un último gesto heroico.

¿Cómo había sido el encontrarle? El recién llegado contó que, en un hospital de Melilla, donde los dos se curaban de heridas recibidas en los campos de batalla, había trabado amistad con un soldado de la Legión; al principio, éste no se había dado a conocer como quien verdaderamente era. Respondía a un extraño

aquel Federico. Entonces él le había contado el singular caso de aquel hombre que había roto tan definitivamente con su pasado.

Pero, desde aquel instante, el legionario se volvió taciturno, siempre preocupado, no atendía a lo que se le hablaba, y cada vez se le notaba más un aire de hombre a quien un secreto no dejaba vivir. Hasta que, al fin, cuando él había sido dado de alta y se disponía a volver al pueblo, una noche, solos los dos y con un gran misterio, le había revelado la verdad: Era Federico...

VIII

La madre lloraba de alegría. En jobday

no tenía límites. Y, si el largo olvido del hijo entlaqueció su razón, aquel insperado encuentro parecía que iba a acabar de transformarla. El comprobar que eran ciertas sus sospechas, y que el silencio de su hijo no era por desamor, sino a causa de la desgracia que lo había perseguido siempre, habiendo dejado de escribirle para evitarle el dolor de que supiese que era un desventurado, venía a colmar sus esperanzas.

—Es preferible que me tenga por muerto... Eran sus palabras, transmitidas por el recién llegado.

Pero la madre no se resignaría a semejante cosa. Ella quería a su hijo fuese como fuese. Y si la vida había hecho de él un despojo humano, mayor motivo para que le prodigase toda la inmensa ternura que había ido acumulando en su alma durante días y años con el pensamiento fijo en él. Y sentíase inmensamente dichosa, porque ahora, no sólo podía ofrecerle su cariño, sino también una vida ociosa y reglada a su lado. Todo su dinero, todo cuanto tenía, sería para él.

Se apresuró a escribirle, enviándole los medios necesarios para que viniese en seguida, junto a ella. Si no acudía pronto a aquel llamamiento, ella iría a buscarle.

IX

La respuesta no se hizo esperar. Y era —exactamente— la carta que esperaba la madre. En un tono exaltado y romántico, el legionario hablaba de su vida pasada. No había tenido suerte. Perseguido por la desgracia, había ido de tumbos en tumbos. Un día, por no contarle calamidades, había dejado de escribir; y, esperando inútilmente un cambio favorable en su existencia azarosa, se le habían pasado los años. Pero su cariño había permanecido intacto. Que ¿por qué no respondía cuando le comunicaron su cambio de fortuna? ¡Ah! Había pasado días amargos, de dudas y vacilaciones. Si no le había escrito cuando las sabía en la pobreza, el escribible luego, al saber su cambio de suerte, ¿no haría suponer que su pluma era movida por un mezquino interés?...

El esperaba, esperaba el día en que cambiara su suerte cambiase favorablemente. Hasta que al fin, cansado de esperar, cuando se le murió la mujer con la que se había casado por aquellas tierras, convencido de su funesta estrella, había decidido morir, que eso significaba su cambio de nombre y su ingreso en la Legión...

Para todas las preguntas que pudiese hacerse la madre, tenía él una respuesta que se ajustaba a sus deseos, es decir, a lo que ella esperaba que le contestase, y donde encontraba la confirmación de que el cambio de su hijo por ella se había salvado de todos los naufragios.

—¡Tan cambiado estoy!—le escribía él—, que no me conocéis cuando me veas.

¿Qué importaba que la vida le hubiese cambiado, si al fin se lo devolvía a sus brazos?

X

Y llegó el día en que se encontraron frente a frente. Era cierto: Estaba tan cam-

biado, que podía haber pasado cuantas veces hubiese pasado junto a ella, sin que lo reconociera como su hijo. Pero todo estaba preparado para que en aquel encuentro no dudase que era él. Llegaría en deteniendo tren, vestiría el traje de los legionarios, cojearía al andar, apoyándose en el bastón, y acabaría de identificarlo una cicatriz en la mejilla.

Esta cicatriz y la cojera, eran los signos heroicos de su campaña en África.

La madre no vaciló en lanzar el gran grito del reconocimiento:

—¡Hijo! ¡Hijo mío!...

Como no vaciló él ni un instante en arrojarle en sus brazos.

Junto a este grupo conmovido, la hermana y el cuñado, los amigos, las autoridades y gente del pueblo, abigarrada multitud que recordaba los coros de las zarzuelas, y que parecía pronta a entonar un concertante de salutación a la llegada del hijo prodigo.

¿Quién iba a reconocer en aquel legionario de rostro endurecido y emagrecido por el sol de África, al adolescente que se había marchado hacía veinte años, de faz sonrosada y blanda, y de rasgos imprecisos? Aquella figura, que se desdibujaba en la memoria de todos, se plasmaba en forma distinta en el cuerpo de legionario, que la madre no se cansaba de estrechar entre sus brazos.

XI

Había que compensarle de todos sus sufrimientos, que el pueblo fuera el refugio más grato que el mundo pudiera ofrecerle; y que la vida le atara a él con fuertes ligaduras, para que no volviese a pensar en marcharse, había que regalarle y mimarle. Ya que la vida, lejos del hogar, le había negado todo, ahora debía mostrarse prodiga con él, atendiendo, con solicitud, a satisfacer todos sus gustos y caprichos... Así, pensaba la madre y así fue como el legionario pudo creerse transportado desde los áridos campos del moro al paraíso de Mahoma.

XII

La que no acababa de reconocerle era Clotilde. Cuando lo vio por primera vez en la estación, se preguntó llena de reservas: —Pero ¿éste es mi hermano? Y le abrazó un poco a la fuerza, sin verdadera emoción. Al ver los extremos de cariño de la madre, se contestaba a sí misma: será, será...

Pero, en los días siguientes, cuando ella esperaba que el recuerdo de otros tiempos realizara la fusión de sus dos almas en el definitivo reconocimiento, se encontró con que en vez de reconocerle se le apartaba cada vez más extraño, más ajeno a ella. ¿Era posible que así hubiese perdido la memoria de su hermano? ¿Y era posible que él hubiese olvidado tan en absoluto los recuerdos de su infancia?

—Pero, ¿es posible? —Sí, sí... ahora recuerdo... ¡Tú sabes la vida que he llevado! Si es milagroso que tenga cabeza para nada...

Y en tanto la madre estaba cada día más satisfecha de tener al hijo a su lado, y no vivía más que para él, no sabía ver más que sus ojos. Clotilde se afeitaba a una idea, no, no es Federico... no puede ser...

XIII

Pasado algún tiempo, tenían en su poder las pruebas que venían a confirmar su sospecha. Por mediación del consel de España en Salta, aquella recóndita provincia de la Argentina, sabían que Federico seguía viviendo allí. Acompañaba a los informes un retrato del auténtico Federico, donde aparecía junto a su mujer y rodeado de sus hijos. En realidad, aquel Federico estaba tan lejos del que se fué siendo un adolescente, como el ex legionario que había su-

plorado su personalidad.

Junto a los informes necesarios para desennascanar al impostor, venía una carta de Federico, pero tan fría que confirmaba que aquel hijo se había perdido—para sus anti-cuos afectos familiares—en una nueva vida, y que estaba muy lejos de su pensamiento y la idea del retorno.

¿Y era aquel informe consular, y aquel retrato, y aquella carta, los que se oponían al convencimiento de la madre? ¡Oh! ¡No, no!... Su hijo era aquel que vivía ahora con ella, el que se acogía amorosamente a su seno, el que recibía sus ternuras y mimos y sabía corresponder a ellos... ¿Qué aquel no era más que un aventurero aprovechado, digno personaje de una novela picaresca? ¡No! ¡Y mil veces no!...

La madre se negaba a reconocer aquellas pruebas, las rechazaba sin verlas, estaba ciega ante lo evidente. Defendía al suplantador contra su hijo, contra todos cuantos querían desennascanarlo, como si lo falso fuere lo que aquellas gentes querían hacer valer como verdadero, como si todo aquello fuese intriga y maldad; la desgracia persiguiendo siempre a su pobre hijo.

Y se aferraba a él; lo defendía, como a un tesoro que quisieran arrebatarse. Era él quien había hecho su felicidad volviendo a sus brazos, cuando ya desesperaba de tenerlo nunca más entre ellos.

—¿Y la voz de la sangre?—se preguntaban algunos.

La voz de la sangre nada le decía. Toda su vida estaba en su imaginación, y el ex legionario representaba para ella a su hijo, aunque no lo fuese. La imaginación se imponía a la sangre.

Había vivido siempre esperando el milagro de la vuelta del hijo. Y puesto que aquel aventurero había realizado el milagro, él era su hijo. Los que lo negaban eran los impostores. Y estaba dispuesta a defenderlo de ellos aún a costa de su vida.

Por él, una ilusión suya—la ilusión de su vida—se había hecho carne, y prefería morir a perder aquella ilusión.

Convencerla de la verdad era tanto como matarla... Pero, ante la obstinación de la madre ¿quién podía asegurar cuál era la verdad?

ANTE EL CENTENARIO DE SCHUBERT

El próximo 19 de noviembre se cumple el primer centenario de la muerte del gran Franz Schubert que, como el ruso señor, vivió y murió cantando. ¿Con qué ánimo las generaciones de hoy se preparan a celebrar el centenario?

La respuesta no es fácil. En todos los campos corren aires adversos al romanticismo. La sensibilidad domina al sentimentalismo y la cacofonía elevada a dogma se difunde contra la creación fluida y espontánea del oboecientos.

No hay inepto inquiridor de escalas de tonos enteros o de notas disminuidas, que no se dedique a propagar un ideal estético que no tiene nada que envidiar al de los cafres o al de otros salvajes. Se han reído no sólo de su música, sino también, de su vida llana y sin anécdotas, de su aspecto de buen maestro de escuela, encorvado y anteojado. Se ha intentado convencer al público con una hermosa frase parisina para que deje a un lado sus famosos romanzos, con el pretexto de que huelen a viejo y a desabrido y que conservan el moho del cajón secreto en el cual las solteronas ponen las viejas cartas de amor, junto con los premios de las cuartillas y de los lanceros de un tiempo...

Todo este derroche de espíritu demolador no se hacía para ahuyentar a un público distraído como es el actual del arte profundo y meditado en su joyante calidad, cual es el de Schubert. El resultado de la hermosa cruzada favorecido por un sentimiento providencial de indiferencia, es la renuncia poco menos que total al goce de uno de los tesoros de belleza y de poesía más grandiosos que la naturaleza haya ofrecido a la sed de ideal de ese extraño ser, ingráto e incoherente, que es el hombre. La misma suerte cabe a la obra vocal de Schumann y la de Hugo Wolf, sin que sea lícito pensar que la producción de los «liederistas» recientes—Ricardo Strauss, Henry Duparc, Gabriel Fauré, Debussy y Ravel, para citar algunos—haga las veces de los abandonados nuestros románticos.

Triste destino el de Schubert! Vivo, sufrió humillaciones y pobreza. En un diluvio humorístico de la época, se le ve tras el enorme barfollon Volgi, su gran intérprete, como un criado va tras su pomposo señor. El físico del maestro no era nada atractivo ni, por cierto, hecho para cautivar las simpatías de las bellas damas que se había anidado en un boticario de villorio... Sin embargo, Schubert afrontó con ánimo valiente y angelico la afrenta de la mediocridad de su estado y de su carne. Ningún artista, ni aun Beethoven, logró transfigurar su propia vida y su propio arte en el rayo de una luz tan pura.

Tuvieron sus breves días esa placidez que frecuentemente se titó con los suaves sonrojos de la alegría y, alguna que otra vez, se ilumina con los reflejos etéreos del éxtasis. Tuvo amigos admirables por su



El gran músico vienés no desdenó la danza campesire, la cerveza ni la pipa, porque se puede ser romántico y gustar los sencillos placeres del mundo

comprensión y fidelidad. No desdenó ni la danza campesire, ni la cerveza, ni la pipa. Se puede ser angelicales y gustar de la salchicha y soplar volutas de humo azul en el vacío... Esto era tanto más posible en la beatífica Alemania del primer cuarto del oboecientos, país en el cual, al decir del arquitectónico Juan Pablo, no obstante las guerras, se vivía en una encantadora atmósfera. Schubert cantó en muchas romanzas floridas ese idilio burgués que se manifiesta desde el Mar del Norte hasta los Alpes, entre las monumentales estirpes de mayolitas y las pipas inmensas; lo cantó como cantó todo—desde la omnipotencia de Dios al brinco de la trinchera, pero—, en forma y embebida de ardores místicos de levita, caía el peso de tan solenne felicidad; y su música se tornaba tal vez más llana y prolija como los sentimientos burgueses que intentaba idealizar.

La vieja Viena le ofrecía el miraje opalino de la niebla y las naves góticas de San Esteban. En la penumbra de las tabernas enguinadas de lúpulo, escribía, tanto sobre versos divinos de Goethe y de Heine cuanto sobre las pálidas elucubraciones de Ossian y de Müller, acordes y melodías de paraiso. Desde el oscuro tablero de los campos austríacos, sonaba con los divinos lagos de Italia, veía en sueño la aurora sobre el mar. El nunca vió el milagro de la llanura de ondas y espumas, pero escribió

la «Calma del mar, que es la paratransmisión de los grandes silencios de la intimidad azul. En la solitaria llama se despertaba la dulce voluntad; y él, que nunca quizás estrechó en su cuerpo el cuerpo de una niña, compuso alguno de los más tiernos cantos de amor y embriaguez pasional que hayan salido de un corazón humano. La tristeza larga y punzante le inspiraba, por reacción, la alegría despreocupada de los vales y robaba la melodía como nieve prodigiosa.

Cuando escribía en el «Viaje de Invierno» su miseria de aterido, vino la liberación. Y partió de la vida siguiendo el arroyuelo, hasta que llegó al monte... Cuando llegó del viandante a la cima desde donde se exaltan las almas al cielo, el valle triste se convirtió a sus ojos, como las nubes y la niebla, y Schubert entró en la dulzura de la luz primaveral.

¿Cómo nos acercaremos, entonces, a la celebración de este artista tan lejano de nuestra dura y concreta visión del mundo y del arte? ¿Cómo pondremos de acuerdo su ingenuidad expansiva, con nuestro técnico «dilettantismo»? ¿Qué lugar daremos a su «erótico» romántico, a sus languideces contemplativas, en nuestro cerebro activo y sensuoso? ¿Qué representará para nosotros, antropocentristas, su panteísmo; para nosotros positivistas su afán de los sobrenaturales y de lo trascendente, para nosotros carnales su virginal modestia, su aborrecimiento de los sentimientos libertinos? ¿Dónde se recolectará para nuestro deportismo la deambulacion espectral de su «Wanderer», por los dedalos de un mundo larval? ¿Quién de nosotros será elegido para escuchar los secretos de amor y de muerte que el viento y el arroyuelo murmuraron en sus cantos, a las almas iniciadas en la voluptuosidad del dolo? ¿Quién podrá recrear la pequeña rosa salvaje, sin verla marchitarse?

Estas preguntas se imponen en esta hora nuestra de crisis artística. Los actuales centenarios de artistas esotéricos, como Durrer, Beethoven y Schubert, nos ponen frente al imperioso dilema: o creer en el arte como en una creación de belleza y de placer, o ver en ella nada más que un juego intelectual, un contingente y delictoso material caleidoscópico al que las pastosas del hombre sirven de colores.

Para quien mire a Schubert como un fenómeno histórico, como a una etapa de referencia en la evolución de la música, es evidente que si la obra del férax músico vienés ha pagado el diezmo del tiempo, y en larga medida, su herencia se expande copiosa sobre el porvenir. Muchas de sus composiciones, es verdad, no trascienden la fatigada un poco desahogada de la improvisación. Grandísimo en forma estrafalera y en la pequeña partitura, él se encuentra inmolado en el esquema severo de la forma sinfónica. Su «Sinfonía en do mayor» es un comprimido, un tanto híbrido, entre Beethoven y la rapsodia. La famosa «Incompleta» debe su encanto subyugante, más a la